

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

COLECCION DE LEYENDAS BIOGRAFICAS
ESCRITA

POR LA SEÑORA

D.^a María del Pilar Simiés de Marco.

Leyenda segunda.

(CONTINUACION).

Por esta razon, sus padres creyeron que tendria que preguntar á mucha gente y temblaron pensando en los riesgos que iba á correr su belleza é inocencia en una ciudad, ocupada por fuerza militar y en las frases groseras que habian de lastimar sus oidos tan castos y tan puros; pero con gran admiracion de su parte la vieron entrar en la ciudad, cruzar sus tortuosas calles y entrar en el palacio del capitán Beaudricourt.

Habia en el gran patio algunos mesnaderos y hombres de armas, además de diferentes arqueros que hacian centinela.

Juana se dirigió á uno de los soldados y le dijo con su habitual dulzura:

—¿Me hariais la merced de preguntar al gobernador si quiere recibirme?

—¿Quién sois, hermosa niña? interrogó el soldado interrumpiendo su paseo.

—Una pastora da la Champaña.

—¿Y quereis....

—Hablar al gobernador.

—Vuestro nombre?

—La doncella Juana d'Arc.

—Ah! ah! es la visionaria! dijeron en coro algunos soldados.

—Eh! callad; gritó airado el arquero: nosotros nada tenemos que ver con eso, puesto que ella viene á entenderse con el gobernador.

Subió, dicho esto, la ancha y sombría escalera, y poco despues bajó y dijo á Juana:

—Hermosa niña, el gobernador consiente en recibirlos y os espera.

Juana le dió gracias y empezó á subir; mas como Ralf la siguiera, reparó en él el benévolo soldado que era un hombre de cabello y barba gris.

—Hija mia, le dijo; dejad ahí á vuestro perro.

—Señor soldado, repuso Juana, este pobre y noble animal es mi solo defensor y mi única compañía desde que he salido de la casa de mis padres: os ruego, pues, que no me separeis de él.

—Por mí, puede acompañaros, contestó el soldado; pero no sé lo que dirá el gobernador.

Sin otras razones, subieron el resto de la escalera; y despues de atravesar un vestíbulo sombrío y algunas estancias llenas de los viejos soldados que habian permanecido fieles al hijo del rey demente, entraron en un vasto salon.

Era este muy oscuro, y estaba sostenido por mazzizos pilares de piedra.

En un ancho sillón de encina, cubierto de molduras, se hallaba sentado, ó mas bien tendido, un hombre de talla colosal y de semblante fiero y atezado.

—Dios os guarde, señor; dijo Juana saludando, en tanto que su caritativo introductor se retiraba.

—Qué quereis? preguntó con voz áspera el capitán.

—Ante todo saber si sois el capitán Beaudricourt, gobernador de esta ciudad por el delfín Carlos, hijo de Carlos VI.

—El mismo soy, respondió el gobernador, mirando con asombro á aquella bella jóven, detrás de la cual se sentaba gravemente un enorme perro.

—Pues bien, señor; dijo la jóven: yo soy la doncella Juana d'Arc, y vengo á daros un mensaje de parte del rey del cielo.

El gobernador se encojió de hombros.

Juana, sin desconcertarse continuó:

—El delfín Carlos ha sido proclamado en Poitiers, con el nombre de Carlos VII; pero, sin embargo, el ambicioso duque de Bedford manda en toda la Francia: su ejército victorioso ocupa toda la Aquitania, el Poitou y todas las ciudades del norte del Loira, y las escasas tropas del delfín apenas alcanzan, á pesar de sus inauditos esfuerzos, á contener el paso de ese torrente devastador.

Ahora bien, señor gobernador, continuó Juana: haced decir á Carlos VII que suspenda todo ataque hasta la mitad de la próxima cuaresma, época

en que Dios le enviará un socorro que le hará pacífico poseedor de su reino.

—¿Quién le llevará ese socorro? preguntó el gobernador interesado á su pesar por los razonamientos de Juana, y creyéndola enviada del duque de Lorena, adicto al rey.

—Yo! contestó la pastora: y añadió con unción repitiendo las palabras de su éxtasis:

Si quereis enviarme con una buena escolta yo libertaré á la Francia: iré á buscar á Carlos VII y le conduciré á Reims donde será ungido.

—Cómo! exclamó el feroz gobernador levantándose iracundo: ¿así abusas de mi credulidad? Tú debes ser esa loca visionaria de quien hablan los pastores que venden provisiones á mis soldados! La loca! fuera de aquí! Y ten en cuenta que, si vuelves, haré que te echen dos de mis hombres de armas á golpes.

—Señor, observó Juana sin impaciencia, sin alterarse y con una voz perfectamente tranquila: yo no estoy loca: soy la enviada de Dios.

—Ea! idos tu perro y tú! gritó de nuevo el gobernador.

—Dios abrirá vuestros ojos á la verdad, señor; dijo Juana: entonces me buscareis y yo estaré siempre pronta para servir á mi patria y morir por ella. Entre tanto, quedad en paz y perdonadme que os haya incomodado.

El gobernador, á pesar de su rudeza, quedó admirado de tanta dulzura y mansedumbre.

—Espera, le dijo: tienes padres?

—Sí, señor, contestó Juana con suavidad.

—Y hermanos?

—Tengo dos.

—De mas edad que tú?

—Sí, señor.

—¿Querrian ser soldados de Carlos VII?

—El día en que yo empuñe el blanco estandarte de la libertad que Dios me ha mostrado, creo, señor, que me seguirán á la guerra.

El gobernador se encojó de hombros como compadecido de aquella nueva prueba de demencia: y luego, como para desviar aquel pensamiento enfermo de su círculo habitual, tornó á preguntarle:

—Quieres casarte?

—No, señor; respondió Juana.

—Es que si amas á algun joven, yo te dotaré.

—Solo amo á mis padres y.... á la Francia!

—Sois pobres?

—Mucho!

—Toma: dijo el gobernador alargando su bolsa á la pastora.

Pero esta retrocedió un paso.

—Señor, dijo noblemente: ni Santiago d'Arc, ni su esposa, ni su madre, ni sus hijos, han comido jamás el pan de la limosna.

—Vete en paz! repuso el gobernador volviendo á guardar su bolsa, no poco sonrojado.

Juana se inclinó en silencio y salió seguida de Ralf.

—Es extraño! murmuró el gobernador: esta pastora me ha hecho saltar el corazón en el pecho!

¡Hay en ella un no sé qué que me entenece.... á mí!....

Y se quedó muy pensativo.

Juana, entre tanto, salió del palacio, despues de saludar con la cabeza á las gentes del gobernador.

A las puertas de la ciudad halló á sus padres.

Juana les abrazó dándoles gracias por su cariño y cuidado.

Estaba triste, pero grave y tranquila como siempre.

—Qué hay, hija mia? le preguntó su madre.

—No han querido creerme; me han llamado loca y me han ofrecido oro; dijo la doncella con melancolía.

—Y tú?... preguntó anhelante Santiago.

—Yo, padre mio, he dicho que ni Santiago d'Arc ni su familia habian comido jamás el pan de la limosna.

—Y has rehusado?

—Sí.

—Bien, hija mia, bien! Pero olvida tu desengaño y comamos.

Santiago extendió un paño blanco, y puso encima las provisiones.

—Ay, hija mia! murmuró Isabel abrazando á Juana: ¡la primera espina de tu corona de mártir se ha clavado hoy en tus sienes y ha dejado una herida en mi corazón!

La pastora volvió á abrazar á su madre, y luego comió con ella y con Santiago con la mayor tranquilidad.

V.

Juana volvió á su casa con sus padres, y una vez en ella, á sus ordinarias ocupaciones.

A pesar de su calma aparente, la palidez iba reemplazando al fresco color de sus mejillas: se enflaquecía, y aunque siempre habia sido mas bien grave que risueña, poco á poco aparecieron en sus facciones las señales de una profunda melancolía.

Un mes transcurrió así, durante el cual ni una sola queja se escapó de los labios de Juana: pasaba esta el día con sus cabras, y cada vez eran mas largos los ratos de éxtasis y oración que tenia en el bosque.

La fama de sus visiones se extendió por todo el país; porque muchas veces, al pasar los pastores, la oían rezar en alta voz y conversar con algun ser invisible ó sobrenatural.

Un día volvió á casa Santiago llevando una noticia muy importante: habia oído decir que el duque de Lorena debia pasar por Domremy, pues iba en peregrinación á San Nicolás cerca de Nancy.

Juana oyó esta nueva con indiferencia y salió, segun costumbre, con sus cabras y su perro Ralf; pero cuando á la caída del sol volvía á su aldea, oyó tocar las campanas á vuelo.

—Qué pasa? preguntó al primer labrador que halló.

—Que el duque de Lorena, que iba en peregrinación á San Nicolás para recobrar su salud, se ha sentido tan agrávido que ha tenido que detenerse en la aldea.

Juana así que oyó esta respuesta, se encaminó á su casa; encerró el rebaño y se sentó á la mesa para cenar con su familia; mas no bien habia cada uno ocupado su sitio, se abrió la puerta y apareció un gallardo oficial.

—La señorita Juana d'Arc? preguntó cortesmente.

—Aquí no hay ninguna señorita, caballero; contestó ásperamente Santiago: si preguntais por mi hija, la pastora Juana, aquella es.

—Su señoría, el duque de Lorena, me ha mandado rogarle que venga conmigo á su alojamiento.

—A su alojamiento? exclamó atónito Santiago: y para qué?

—Lo ignoro, respondió el oficial; pero traigo orden de conducirla á su presencia.

Al decir estas palabras, mostró el oficial un pergamino escrito y sellado con las armas de la casa de Lorena.

—Yo acompañaré á mi hija, dijo Santiago: retiraos, señor oficial, y haced saber al señor duque que os seguimos, y que dentro de breves instantes estaremos en su presencia.

Retiróse, en efecto, el oficial, pasmado de la dignidad y nobleza del buen aldeano, quien, segun habia ofrecido, salió al instante con su hija encaminándose al alojamiento del duque.

Cuando llegaron estaba aquel recostado en un gran sillón que casi le servia de lecho, quejándose dolorosamente, y las contracciones de su rostro anunciaban un sufrimiento muy agudo.

El aspecto del duque era duro y altanero: bien que en aquella época estas eran las cualidades predominantes en toda persona de alcurnia elevada: la cortesanía y la civilización no habian aún suavizado el orgullo, innato en el hombre, y su afán desmedido de dominar: todo se esperaba de la fuerza y la persuasión, ó era del todo incomprensible ó solo hallaba pechos duros, como las armaduras de acero que los cubrian.

Por eso la castidad, la pureza, la suave y sencilla dulzura de Juana admiraban á todos, y se la consideraba como á un ser de una region mas elevada que la que habitamos los míseros mortales.

No bien el duque habia entrado en la aldea, sintió que se agravaban de tal modo sus habituales dolencias, que se vió obligado á detenerse.

Acordóse entonces de que en el camino habia oído hablar á sus soldados de la loca ó la visionaria: y ya con el deseo de distraerse viendo si era aquella jóven tan extraordinaria como decian, y quizá tambien por una esperanza remota y supersticiosa de que adivinase sus padecimientos, que desde mucho tiempo antes eran en extremo acerbos, la mandó llamar, como hemos visto.

Cuando llegaron Santiago y su hija, la mirada penetrante del duque se fijó en la doncella con tanta insistencia y tan ardiente expresion, que la hizo bajar los ojos ruborizada.

Aquella confusion aumentó tanto su natural belleza, que el duque hizo un gesto de admiracion.

Nada mas bello, en efecto, que aquel rostro plácido, teñido por las rosas del pudor: prestábanle

sus anchos párpados, inclinados al suelo y guarnecidos de negra seda, tan sublime expresion; eran las facciones de Juana tan correctas y hermosas y habia un no sé qué tan plácido en toda su figura, que el asombro del duque tenia disculpa, aunque estuviese expresado de una manera muy vehementemente.

—Niña, dijo á la doncella: hanme contado que predices el porvenir.

—Os han engañado, pues, monseñor; respondió Juana que, por una intuición admirable, dió al duque el tratamiento que le correspondia como á príncipe de la sangre.

Mordióse el de Lorena los labios, pues conoció que no podria encontrar en la rudeza de aquella villana el solaz que se habia prometido.

—¿Cuál es, pues, dijo con frialdad, el don estupendo que hace te apelliden la loca y la visionaria?

—No poseo don alguno que justifique esos apodos, monseñor; repuso Juana calmado con una dulce mirada la ira de su padre, próxima á estallar por el lenguaje insultante del duque: solo, prosiguió Juana, solo digo algunas verdades que el Dios santo, padre de todos los hombres, me trasmite desde el cielo.

—No podrias decirme algunas? preguntó el duque, cuya ironía aumentaba.

—Sí, monseñor; contestó la doncella.

—Veamos pues, y las tomaré como una muestra de tu habilidad.

—Tomadlas, monseñor, como un aviso del cielo.

—Bien está; habla.

Pues bien, monseñor, dijo Juana mirando al duque frente á frente: vos estais muy enfermo y para alcanzar la salud, vais en peregrinación á San Nicolás; pero tened entendido que esta peregrinación de nada os servirá mientras no cambiéis de vida.

—Cambiar de vida!... Yo?

—Vos, monseñor: no teneis salud y estais casi pobre; porque vuestras orgías consumen la primera, y vuestra inmensa fortuna ha pasado casi toda á poder de los judíos, que os ayudan á sostener á vuestras mancebas.

—Insolente! gritó con ímpetu el duque de Lorena levantándose y dirigiéndose á la doncella con los puños apretados.

Luego, haciendo un violento esfuerzo para calmarse, añadió:

—Dá gracias á haber nacido mujer, pues de lo contrario te haria morir en un calabozo.

—Monseñor; respondió Juana sin cambiar siquiera de color: monseñor, podeis hacer de mí lo que querais; pero os lo repito: Dios no os enviará la salud, en tanto que vuestra vida no sea mas arreglada: mientras corrais de desórden en desórden, no esperéis tener dinero en vuestras arcas, ni paz en vuestro corazon: vuestra mano no tendrá fuerza para sostener la espada, y siendo uno de los príncipes de la sangre real de Francia vivireis siempre miserable y enfermo. Dios castiga los desórdenes así en el noble como en el plebeyo, y vos estais experimentando los efectos de su justicia.

—Vete! dijo el duque con furor; vete y jamás vuelvas á ponerte delante de mí.

La doncella se inclinó en silencio y salió seguida de su padre, que apenas podía contener su enojo.

No habian llegado aún á la antesala, cuando salió en su busca el oficial que habia ido á llamar á la pastora á casa de su padre.

—Monseñor manda que volvais á su presencia, jóven; dijo á Juana así que llegó á su lado.

—Obedeceo, repuso la doncella; os sigo, caballero.

Santiago quiso volverse con su hija, pero le contrajo el oficial diciéndole:

—El príncipe quiere ver á vuestra hija sola.

—Es igual, padre mio, esperadme aquí; dijo Juana mirando á Santiago de un modo harto elocuente para no ser comprendida.

Comprendióla Santiago, en efecto, y se sentó á esperarla en un recodo del camino.

Juana volvió á la presencia del duque sin embarazo ni temor; pero tambien sin insolencia.

—Aquí estoy, monseñor, le dijo; habeis mandado que volviera y os he obedecido.

Oyeme, hermosa niña, y pon cuidado en entender lo que voy á decirte: esa vida errante que llevas no te conviene, ni te pone al abrigo de la miseria: tú eres bella y yo podría amarte y hacer dichosa á toda tu familia: ¿quieres venirte conmigo á París?

—No, monseñor, respondió Juana. Dios me ha colocado muy lejos de vos, y no tengo, por cierto, ningun deseo de salvar la distancia que nos separa: así, quedad con Dios, porque mi padre me espera y sufrirá con mi tardanza.

—Es muy extraño! pensó el duque sin cuidarse de que detuvieran á Juana. Resistirme una pastora! Luego lo que pensaba yo que era un pretexto para buscar aventuras es realmente un don del cielo?... Sí! porque solo el cielo puede dar tanta entereza unida á tanto candor y á tanta dulzura!

VI.

Dos veces mas volvió Juana á ver al gobernador en el término de dos meses; y este, incomodado por sus importunidades, mandó que el cura párroco de Vaucouleurs la exorcizase como á una endemoniada.

Juana sufrió las rudas pruebas porque la hicieron pasar, con una paciencia heroica y, al acabar la cruel ceremonia, dijo con voz clara y firme:

—Oid y convenceos de la verdad de mi mision celeste: las tropas del delfin Carlos acaban de sufrir delante de Orleans una terrible derrota; ya veis que yo no me he movido de la aldea ni he hablado con nadie que haya podido enterarme; pues bien, ¡corred! informaos, y vereis si digo la verdad!

Inmediatamente fué avisado de las revelaciones de Juana el gobernador, quien envió alguna tropa, mandada por uno de sus mas leales capitanes, para que se informase de si era cierto lo que Juana habia afirmado.

—En tanto que vuelven mis enviados, dijo el gobernador, poned en una prision á esta mujer: vivirá bajo mi poder y en mi palacio hasta saber si son ciertas sus noticias; si me ha engañado, será conducida á París, acusada por mí de supersticiosa y hechicera, y juzgada y ejecutada sin piedad ni misericordia.

Algunos soldados rodearon á Juana y la condujeron á los calabozos del castillo.

Poco tardó en volver el capitán que mandaba la tropa enviada por el gobernador.

—Señor, dijo cuando se vió en presencia de Beaudricourt; esa jóven es una santa, cuanto ha dicho es verdad: siete meses de sitio y una batalla ganada por los ingleses nos han hecho perder á Orleans.

—¡Ira del cielo! gritó el gobernador. Y qué! ¿Veremos los franceses tremolar en los muros de Orleans, de la ciudad mas hermosa de la Francia, de la mas leal y esforzada, la bandera inglesa?

—Todavía no luce allí esa enseña aborrecida, señor, contestó el capitán: reducidos los orleaneses al último extremo han pedido una capitulacion honrosa; y ¿sabeis cual ha sido la respuesta de ese orgulloso duque de Bedford?

—Por la roja cruz de Borgoña que no lo adivino! contestó el gobernador que habia sido uno de los partidarios mas acérrimos del sin ventura Juan sin miedo (1).

—Pues ha contestado á la comision encargada de parlamentar, *que no admitia mas proposiciones que la de rendirse la ciudad á discrecion.*

—Ah, infame!

—Y esta respuesta ha indignado tanto á los orleaneses que han decidido combatir hasta rendir el último aliento.

—Bien! gritó Beaudricourt con entusiasmo.

—Pero ¡ay! continuó el mensajero dejándose caer en una banqueta de encina y oprimiéndose la cabeza con ambas manos: ¡ay, señor! los sitiados carecen completamente de recursos! La Francia entera aguarda aterrada el momento de caer en poder de los ingleses! Y nuestro delfin, el hijo de Carlos VI, no halla una aldea que pueda servirle de asilo! Qué hacer! repitió el valiente soldado: ¿qué hacer, señor?

—¿Qué hacer? exclamó el gobernador; id á los calabozos del castillo y traedme á Juana la pastora.

—Cómo, señor! dijo el capitán asombrado; ¿pensais que esa niña pueda servirnos de algo?

—No lo sé!... Solo sé que la Francia va á ser perdida para nosotros y que vamos á ser esclavos de la Inglaterra, nuestra antigua vasalla! En esta situacion, únicamente tenemos en nuestro poder un medio y es preciso aprovecharlo por débil que

(1) Se hablará de este personaje en la biografía de la reina de Francia Isabel de Baviera, pues mi intencion al escribir esta obra es no solamente la de dar á conocer á todas las mujeres mas célebres, sino tambien á todos los personajes que las han rodeado.

(NOTA DE LA AUTORA).

parezca: que venga esa mujer á mi presencia!

Sire de Chateaux, que así se llamaba el capitán, y que era primo hermano del mariscal del mismo nombre, bajó en busca de Juana á quien halló sentada tranquila y rezando.

—Vengo á buscaros de parte del gobernador, Juana; le dijo el capitán.

—Lo esperaba, respondió la doncella, y estoy pronta á seguirlos: vamos.

Cuando llegaron á la presencia de Beaudricourt, este no aguardó á que la jóven se le acercase: dejó su sitio y se lanzó hácia ella con afán.

—Juana, le dijo tomándole una mano: Juana, os voy á enviar á socorrer al delfín Carlos VII.

—Si me hubiérais enviado antes, señor, no se hubiera perdido á Orleans, repuso con calma la doncella.

—Lo hecho, hecho está! Paciencia! Ahora, Juana, pedid lo que queráis y partireis al punto.

—Os pediré, señor, únicamente lo que necesito. En primer lugar, una hora de tiempo para despedirme de mis padres.

—Concedida.

—Después, una armadura completa.

—La tendreis.

—Necesito además dos caballeros para que me acompañen y mis dos hermanos.

—Es muy justo.

—Por último, una carta de vuestro puño para el delfín, que me acredite como vuestra enviada, y un estandarte blanco.

—Voy á escribir la carta: el estandarte será de seda y se grabarán en él estas palabras: *Por Dios, por la Francia y por el rey Carlos VII.* ¿Os parece bien?

—Sí, señor.

—En vuestro yelmo haré colocar tres plumas blancas que realzarán maravillosamente vuestra hermosura.

—Como gustéis, señor: no me pesará de que me encuentren bella, dijo Juana con una triste sonrisa á través de la cual se traslucía un pensamiento oculto.

—Id, pues, á despediros de vuestra familia, Juana, y decid á vuestros hermanos que se preparen para acompañaros, dijo el gobernador.

Juana se inclinó en silencio y salió para dirigirse á su casa.

En su continente no se advertía la loca alegría del triunfo: su paso era grave y mesurado y la tranquilidad de su semblante decía claramente que cumplía una misión que le había sido encomendada por el cielo.

El corazón de su madre la adivinó antes de que llegase: la buena Isabel dejó el pan que amasaba y corrió á la puerta cuando Juana ponía el pié en su umbral.

—Hija mia! exclamó estrechándola contra su seno.

—Madre, dijo Juana devolviéndole el abrazo, ha llegado el momento de que os deje.

—Cómo! te vas? gritó Santiago palideciendo.

—El gobernador Beaudricourt me envía á salvar la Francia. Dios me lo había dicho así y Dios no puede engañarse ni engañarnos.

—¿Y cuándo partes? preguntó Isabel con voz trémula.

—Dentro de una hora.

—Ah! ¿Es para eso para lo que yo te dí la vida con tantos dolores?... exclamó la desdichada madre.

—Me cedeis á Dios, madre mia; yo volveré muy pronto y volveré triunfante, os lo aseguro!

—Luego añadió, vacilando ante la idea de causar á sus padres un nuevo dolor:

—Dónde están mis hermanos?

—Aquí, respondió el mayor adelantándose, pues ámbos se hallaban sentados á pocos pasos de ella.

—Preparaos para acompañarme, les dijo: el rey Carlos VII necesita de los tres.

Brilló la alegría en los ojos de los jóvenes, quienes, por suerte, habían nacido con instintos guerreros.

Pero Isabel se volvió hácia su marido anegada en llanto y exclamó entre sollozos:

—Solos, Santiago!... Solos!...

—Hágase la voluntad de Dios! dijo el anciano inclinándose tristemente la cabeza.

—Nosotros volveremos; volveremos, padres míos! repuso Juana, cuyo corazón se deshacía á pesar de su fortaleza: sí, añadió levantando los ojos al cielo con una expresión radiante é inspirada. Sí, volveremos, y yo os traeré para la puerta de nuestra humilde casa un escudo de nobleza! Y mis hermanos tendrán el dictado honorífico de Messires y calzarán espuelas de oro, porque serán armados caballeros!

—¿Y tú? ¿Y tú qué conseguirás para tí, hermana? preguntaron los dos mancebos que adoraban á la jóven!

—¿Para mí? respondió Juana acercándose á ellos y hablando muy bajo; para mí... la corona del martirio! ¡Dios me la ha enseñado y no puede faltarme!

Después, alzando la voz, añadió de modo que la oyesen sus padres.

—Para mí, no faltará un noble caballero que me quiera por esposa; pero, si he de hacer mi gusto, no me casaré jamás, y volveré rica y honrada al lado de mis ancianos padres.

Los ojos de Santiago brillaron iluminados por la ambición; pero el corazón de Isabel no se dejó engañar y la pobre mujer redobló su llanto.

—Vuestra bendición, padres míos, para mis hermanos y para mí, dijo Juana arrodillándose á los pies de los ancianos.

Los dos jóvenes la imitaron.

La anciana abuela, Santiago é Isabel extendieron sus manos sobre aquellas tres hermosas cabezas inclinadas y pronunciaron esa bendición que atrae todas las bendiciones de Dios sobre la cabeza de los que la han merecido.

Juana abrazó á sus padres por última vez y se lanzó á la puerta.

Pero, al ir á traspasarla, se acordó de que nada había dicho á su abuela y la bondadosa ternura de su corazón la hizo volver atrás.

Acercóse á ella y le dijo al oído, pasando un brazo al rededor de su cuello:

—Abuela mia, dentro de un mes te enviaré un Santo Cristo de oro.

La anciana contestó solo sellando con sus labios la frente de Juana.

Esta dió á sus padres el último beso; pero tanto temblaba y de tal modo la ahogaban los sollozos que sus hermanos, mas fuertes que ella, hubieron de sacarla casi á la fuerza de la cabaña paterna.

Juana y sus hermanos se vistieron en el palacio del gobernar sus armaduras y luego entraron en el salon donde los esperaban Beaudricourt con los dos capitanes que debían acompañarlos.

Todos tres lanzaron un grito de admiracion al ver á Juana.

No se puede imaginar mas hermosa á la diosa de la guerra.

Su derecho y flexible talle parecia de una delgadez admirable, á través de su rica armadura de acero con escamas de oro.

Los guanteletes aumentaban la pequeñez de sus manos y sobre su yelmo ondeaban tres largas plumas blancas.

—Ahí teneis vuestro estandarte, le dijo el gobernador, presentándole uno de seda blanca con letras de oro que formaba el lema adoptado por la doncella: yo os lo entrego en nombre del delfin Carlos VII.

Juana dobló la rodilla y descubrió su cabeza para recibirlo.

—Jóven, continuó el gobernador: poned un rey en el derruido trono de la Francia, vacío desde la muerte del infortunado esposo de la feroz Isabel.

Y luego añadió acercándose mas á ella y bajando la voz:

—Y si el delfin ha muerto cuando llegueis, ocupad vos ese trono viejo y carcomido, y alzadle alto y resplandeciente con vuestra virtud y vuestra belleza.

La indignacion encendió la morena frente de la pastora; pero se contentó con responder:

—Señor, ungiré al rey á despecho de la Inglaterra, ó moriré en mi empresa.

Cubrióse, dichas estas palabras, con gracioso y grave continente, y saludando al gobernador, salió del salon acompañada de dos capitanes y de sus dos hermanos.

Ya en la puerta, se volvió hácia el gentío, que la veía marchar, y agitando el estandarte gritó:

—¡Francia y Carlos VII!

Los escuderos acercaron los caballos: montaron todos y salieron al galope.

Juana iba á la cabeza de la reducida tropa.

Al doblar un recodo del camino se volvió y descubrió en una eminencia á sus padres y á su abuela.

Descubrióse; inclinó con respeto su blanco estandarte para saludarles y desapareció entre una nube de polvo, á través del cual brillaban, como estrellas, los arabescos de oro de su coraza y de su yelmo.

VII.

Carlos VII, á pesar de la muerte de su padre, no era aun mas que delfin de Francia.

Antes, mucho antes de morir el anciano Carlos VI, la guerra civil habia destrozado la Francia é imposibilitado su coronacion, porque no habia ni una sola ciudad que le fuese del todo adicta para celebrar esta ceremonia.

Por otra parte, tampoco tenia reino: la desdichada Francia sentia entonces los crueles efectos del reinado de la ambiciosa Isabel de Baviera, y estaba ocupada casi toda por los ingleses.

Carlos VII se habia casado á los diez y seis años con María de Anjou, hija de Luis II, rey de Nápoles y de Yolanda de Aragon, la cual solo contaba catorce en la época de su casamiento.

Durante el primer año de su matrimonio, los disturbios de la guerra apenas les habian permitido vivir juntos: no bien se celebraron las bodas, partió el delfin á Tours y la delfina María, débil y tierna corderilla, quedó en poder de la hiena que llevaba por nombre Isabel de Baviera y del tigre á quien nombraban Juan de Borgoña.

La delfina, constantemente vigilada, hallaba medio, sin embargo, para escaparse alguna vez y correr á la cámara donde Carlos VI de Francia moria de hambre y tiritaba de frio, en tanto que su esposa y el primer vasallo de su corona se dividian los despojos de su rico y floreciente reino.

María consolaba y acariciaba al padre de su esposo; á aquel anciano que estaba loco porque era rey y que, por lo mismo, no tenia familia ni amigos.

Pero ya volveremos á hallar á María de Anjou en esta *Galeria*, y por lo tanto os hablaré de ella en la ocasion presente con la mayor brevedad posible.

Cuando la reina Isabel y el duque de Borgoña, verdugos de la Francia y del rey, dieron á las naciones el irrisorio espectáculo de una paz mentida con los ingleses, eligieron al duque de Bretaña para que fuese á presentar el tratado al delfin Carlos que, como ya he dicho, se hallaba en la ciudad de Tours; y como viesan que el duque, soldado viejo y rudo, cumplia de mala gana aquella comision, le propusieron que se llevase á María para inclinar el ánimo del delfin á firmar aquel simulacro de paz.

El viejo duque cedió, no porque no le repugnase en gran manera llevar el tratado, sino porque se dijo á sí mismo que, al menos, libertaria á la pobre niña de la opresion en que vivia.

Cuando la delfina llegó á Tours, su esposo la recibió con alegría; pero se negó absolutamente á firmar el tratado y hasta á volver á París, añadiendo que se quedaba con su esposa, de quien no volveria á separarse.

(Se continuará.)

UN VIAJE REDONDO.

(CONCLUSION.)

VII.

CASIMIRO SE DA Á LA VELA PARA EUROPA, ABARROTADO HASTA LAS BOCAS DE ESCOTILLA, Y TIENDE SUS ANCLAS EN CABAÑAQUINTA AL COSTADO DE LA ENCANTADORA ELOISA.

Al mismo tiempo que el *Pelayo* abandonaba el puerto de la Habana y gobernaba con rumbo á las costas de Asturias con el fin de continuar periódicamente sus viajes entre Gijón y la capital de la isla de Cuba conduciendo pasajeros, á los cuales ofrecia un trato esmeradísimo y unas comodidades poco comunes en buques de su clase, y cuyas promesas siguió cumpliendo tan á gusto de los interesados como en su primera expedición, se daba también á la vela una magnífica corbeta de cuatrocientas toneladas, forrada y empernada en cobre, y cargada de azúcar y tabacos, con destino á la ciudad libre de Bremen, desde cuyo punto debia dirigirse á Santander con el fin de tomar harinas para el puerto de salida.

Era la corbeta cuyo mando habia ofrecido el señor Miranda al piloto Pumarino.

Casimiro salió á despedir á su tío hasta la altura del fuerte de la Cabaña, y regresó despues en la misma lancha que le habia sacado del bergantin el día de su llegada al puerto, para dedicarse en casa de su generoso protector á las faenas que le habian encomendado, no sin haber obtenido antes del nuevo capitán la palabra solemne y voluntariamente empeñada de que en cuanto llegase al puerto de Santander, pasaria á Cabañaquinta con el fin de abrazar á su buena y cariñosa madre y á la hechicera Eloisa, para cuya expedición le habia facultado el armador del buque, y entregarlas en su nombre algunas frioleras que, aunque de poco valor, habian agotado el reducido caudal de que entonces disponia nuestro héroe, y entre las que mandaba también varios juguetes para sus dos hermanitos.

Dejemos á la corbeta que continúe felizmente su viaje á la ciudad situada en las orillas del Hueser, viaje que seguirá emprendiendo dos veces al año por espacio de tres lustros, y siempre con igual fortuna; dejemos al ex-piloto del bergantin *Pelayo* contentísimo de la buena suerte que el cielo le habia deparado cuando menos la esperaba, y reuniendo, á fuerza de trabajo y economía, un capital que le permitió abandonar, á los cuarenta años de edad, la azarosa vida del mar para pasar una vez tranquilamente en el seno de su familia; renunciemos á pintar los extremos de júbilo con que la viuda de Pumarino recibia cada seis meses las visitas de su hermano y los regalos, cada vez mas importantes, que le mandaba Casimiro; dejemos á la bella Eloisa participando también de este contento y de estos regalos periódicos, creciendo rápidamente en vir-

tudes y hermosura, alimentando en su tierno y entusiasta corazón un amor cada vez mas entrañable hacia el que llamaba un tiempo su hermano, amor que ni la duda ni los celos empañaban, y prodigando á Catalina los cuidados mas tiernos, cual si fuese su propia madre; dejemos por último al anciano y virtuoso párroco de Cabañaquinta, creyendo al fin en el amor que su sobrina y Casimiro se profesaban, y sigamos paso á paso á este último desde su entrada en el establecimiento del señor Miranda, hasta que con la ayuda de Dios y de su buena suerte cumpla su misión en América, y le veamos de nuevo en las orillas del modesto Aller, al lado de las prendas que le son en el mundo mas queridas.

Bien hubiera querido su generoso protector, apreciando en su justo valor los conocimientos, la inteligencia y la buena índole que adornaban al hijo del difunto Pumarino, y agradecido á los solícitos y filiales cuidados que le habia prodigado durante la enfermedad que pasara á bordo del *Pelayo*, colocarle en su tienda mas ventajosamente de lo que se acostumbra con los dependientes de nueva entrada; pero sobre que esto hubiera dado lugar á que sus compañeros le mirasen con envidia y quizás con aversión, pareció al señor Miranda que tal preferencia, si bien sobradamente merecida, podia perjudicar en vez de favorecer á su protegido, impidiéndole que emprendiese y continuase la carrera del modo y por los pasos que todos los demás dependientes, y como él mismo la habia emprendido y continuado, hasta que su laboriosidad y la fortuna le permitiesen tener establecimiento propio.

Quedó resuelto por lo mismo, y con acuerdo del capitán Pumarino, que Casimiro entraria en la tienda, y que durante algun tiempo, que seria el menor posible, no ganaria mas que la comida y la ropa, segun la práctica generalmente establecida en los comercios de la Habana.

Diez jóvenes de mas ó menos edad, pero que ninguno llegaba á los veinte y cinco años, habia entonces en el establecimiento de ropas del señor Miranda, uno de los mejores y mas frecuentados de la ciudad, y todos ellos recibieron á su nuevo camarada con señaladas muestras de aprecio, y mas al advertir el cariño y la deferencia con que el principal le trataba.

Los dependientes destinados al servicio de las tiendas viven todos dentro del establecimiento, situado por lo regular en un local distinto del que ocupa el propietario, particularmente si es casado. Se les trata muy bien; tienen á su disposición cajas de buenos cigarros, y la comida es abundante y condimentada con esmero por negros. Por la noche arman sus catres de tijera hasta las inmediaciones del mostrador, y por la mañana los doblan y arriman á un lado para que no ocupen el local necesario al servicio del público y al libre tránsito por el interior.

Dos meses y medio estuvo nuestro héroe desempeñando la plaza de último dependiente.

Durante este período, corto por cierto, gracias á

a prisa que se dió el señor Miranda en proporcionarle reemplazo con el fin de ascenderle á mayor categoría, sin excitar la rivalidad entre él y sus compañeros, desempeñó con gusto, puntualidad y celo todas las faenas propias de su cargo, y que vienen á constituir al dependiente mas moderno en criado de sus camaradas.

Barrer y destrastear la tienda, encender las luces, fregar los platos y demás utensilios para el servicio de la mesa, limpiar los zapatos, con otras mecánicas concernientes al establecimiento, hé aquí la ocupacion de Casimiro durante setenta y cinco dias.

Todos los compañeros habian tenido unos tras otros el mismo encargo y por un tiempo mucho mas largo, y hasta su principal, que poseia entonces una de las mas grandes y sólidas fortunas de la isla de Cuba, habia ejecutado veinte años antes las mismas faenas.

El tiempo que sus ocupaciones le dejaban libre, le pasaba Casimiro arrimado al mostrador, observando en silencio, preguntando, estudiando el lugar en que cada género se colocaba, los precios á que se vendia y el género y calidad de cada pieza. Á los pocos dias, gracias á su disposicion y buenos deseos, echaba mano al género para doblarlo en los momentos de apuro, y hasta se apresuraba á coger de los escaparates las piezas cuya colocacion y nomenclatura conocia, cuando alguno de los dependientes mas antiguos las pedian, y sus compañeros no las alcanzaban con la prontitud necesaria.

Su modestia y su decidido amor al trabajo le grangearon bien pronto el aprecio de los demás dependientes, particularmente del *encargado* ó dependiente mayor, y el señor Miranda le profesaba un afecto cada vez mas entrañable, hasta el punto de darle un lugar en su mesa todos los domingos, y de haberle señalado cuatro pesos mensuales á los cuarenta dias de su entrada en la tienda, ocho á los cuatro meses, y veinte y cinco al terminar el primer año.

De corta edad aun; sin ningun género de vicios; cuidadoso hasta el extremo de su ropa, y teniendo en el establecimiento mesa y cama, le sobraban los nueve décimos por lo menos de su paga, y señaló desde entonces á su buena madre una onza mensual, para que ni ella ni sus dos hermanitos careciesen de lo mas preciso, y el resto lo iba dejando en poder de su principal, para que sirviese de base á su futura fortuna.

Apenas habian pasado dos años desde su llegada á la isla de Cuba, y era ya reputado, hasta por sus mismos compañeros, como uno de los dependientes mas activos é idóneos de la casa, y como un excelente camarada.

Habia tomado á las telas un cariño especialísimo; jamás se le veia cansado de bajar y desdoblar piezas para satisfacer las exigencias, muchas veces caprichosas y hasta ridículas, de los *marchantes*, y se anticipaba casi siempre á los deseos de estos para despertar en ellos el deseo de comprar. Su complacencia y su amabilidad eran tales, que la mayor parte de las personas que acudian á la tienda

se dirigian á él antes que á sus compañeros, y algunas esperaban, para hacer sus compras, á que se desocupase, si á su llegada le hallaban sirviendo á otras.

Sus camaradas habian hecho con él toda clase de ensayos para cerciorarse de que no se valia de la amistad que el jefe le dispensaba para llevarle cuentos y descubrir lo que ellos pudieran hacer en la tienda ó fuera de ella, de reprehensible; el señor de Miranda y el encargado los habian hecho tambien por su parte para asegurarse de su pureza. Los primeros se persuadieron de que cuanto se hacia ó se hablaba en su presencia no pasaba de allí, y que en vez de contar sus faltas y sus defectos, los disculpaba y hasta se complacia en hacerle notar al principal las buenas prendas de que se hallaban adornados, contentándose con reprenderles cariñosamente cuando les veia ejecutar alguna accion impropia de jóvenes honrados, ó notaba en ellos poco celo por los intereses de la casa, y tanto el señor de Miranda como el primer dependiente se penetraron de que podian dejar abiertos y llenos de oro los cajones, sin temor de que se apropiase ni un solo peso. Así es que su protector estaba satisfecho y hasta orgulloso de la brillante adquisicion que habia hecho, y le citaba, al hablar de él con los comerciantes sus amigos, como el mas perfecto modelo en la clase de dependientes.

No debe extrañarse por lo mismo, atendidas las preciosas cualidades que adornaban al hijo de la viuda de Pumarino, que su dotacion aumentase anualmente en mayor escala que la de sus compañeros, hasta el punto de ganar seis onzas mensuales á los seis años de su ingreso en el establecimiento, cuando, fuera del encargado, no suelen pasar de tres ó cuatro onzas las dotaciones de los jóvenes mas aventajados, y eso despues de llevar en la tienda de seis á ocho años por lo menos.

El capital que iba formando con sus ahorros crecia, como es natural, rápidamente, á pesar de haber asignado á su madre treinta pesos mensuales, en vez de los diez y seis que en un principio le mandaba, y de haber ido á mas con los años sus necesidades, y por lo mismo sus gastos particulares.

Deseoso de poner su dinero en circulacion de una manera productiva y segura, tomó el partido, despues de consultar el parecer de su protector, de emplearlo en efectos que mandaba á Europa en el buque que capitaneaba su tio, y que éste se encargaba de vender, comprando con su producto otros de fácil y pronta salida para expenderlos á su regreso en la Habana, de modo que gracias á esta buena coyuntura y al interés que el ex-piloto del *Pelayo* se tomaba en la prosperidad de su sobrino, en cuyos negocios entraba por mitad, utilizando los ahorros que hasta entonces le habian dejado sus repetidos viajes, llegó á reunir Casimiro á los ocho años un capital de catorce á quince mil pesos fuertes.

Su conducta siguió siendo de todo punto irreprehensible, y su honradez y el interés que se tomaba por la casa en que estaba labrando poco á poco su fortuna, llegaron á hacerse proverbiales.

Sujeto en la tienda toda la semana, durante la cual no se permitía el menor rato de solaz ni de descanso, salía á pasear y distraerse con sus compañeros y algunos otros amigos con que contaba fuera del establecimiento los domingos por la tarde, concurría como ellos á los bailes y al teatro, y jamás se negaba á formar parte de cualquiera expedición que se proyectase, con objeto de pasar alegremente el tiempo en Guanavacoa ó alguna otra de las poblaciones inmediatas; pero mientras la mayor parte de aquellos se entregaban á toda clase de excesos propios de la juventud, y se entretenían en hacer el amor á las mulatas, que las hay por aquel país hermosamente seductoras, y gastaban con ellas alegremente su dinero, él, sin dejar de divertirse y de bailar y de bromear como el primero, se trasladaba con la imaginación á las márgenes del Aller; recorría las arboledas que hacen de Cabañaquinta un pueblo encantador, particularmente en la estación de las flores; conversaba con su cariñosa madre, acariciaba á su hermanita, que tendría entonces diez años; se extasiaba en la contemplación de la virtuosa y encantadora Eloísa, que la ausencia le presentaba cada vez mas angelical y mas hermosa; recorría con ella las calles del reducido jardín que circundaba la casa del párroco, y concluía por cubrir de apasionados y ardientes besos las hojas marchitas de un pensamiento que guardaba cuidadosamente en su libro de oraciones.

Dos años hacia ya que aprovechando uno de los viajes de la corbeta de su tío, y despues de haberlo tenido en Gijón otros dos, adquiriendo una instrucción mercantil tan sólida y completa como él deseaba y los elementos de aquella villa lo permitían, había traído á su lado al único hermano varón que tenía, el cual, aunque no estaba adornado de las relevantes prendas que tanto distinguían á Casimiro, iba siguiendo poco á poco sus pasos guiado por el ejemplo y los consejos de este, y ganaba ya en la tienda del señor de Miranda quince pesos mensuales.

Ocurría pocos meses despues que el primer dependiente ó encargado del establecimiento, acometido de una tisis pulmonar, á consecuencia de excesos mucho mas perjudiciales allí que en los climas templados, se viese en la necesidad de realizar los pocos fondos que su mala conducta le había dejado, y de regresar á Castro Urdiales, su pueblo natal, para cortar, si le era posible aún, los progresos de una enfermedad mortal siempre si se la deja adquirir algun incremento.

Casimiro entró á reemplazarle, con grandísimo contento de su principal, y fué desde aquel momento el jefe de todos sus compañeros y el representante del dueño del establecimiento, cuando aun faltaban dos meses para cumplirse nueve años desde su llegada á la isla de Cuba.

Deseoso el señor de Miranda de darle una prueba mas del entrañable afecto que le profesaba y de lo mucho en que tenía sus buenas cualidades, su celo y sus servicios, y decidido á retirarse pronto del comercio, despues de treinta años que llevaba tra-

bajando en la Habana sin descanso, le admitió como socio ó á partido, como se dice en aquel país, dándole desde aquel día la quinta parte de las utilidades líquidas que el establecimiento dejase, y que en una tienda como la suya representaba una ganancia muy considerable.

El protector de Casimiro formaba ya entonces, respecto á su primer dependiente, proyectos mas ventajosos aún; pero quería antes de ponerlos en ejecución, observarle al frente del establecimiento, y cerciorarse de que era tan á propósito para dirigirle y administrarle como lo era para el mostrador, y á este fin delegó en él todas sus facultades, autorizándole para comprar, vender y entenderse directamente con todos los corresponsales de la casa, sin contar con él para nada, y con solo la obligación de enterarle mensualmente de la marcha y del estado de sus negocios.

Esta ilimitada confianza, esta gran prueba de cariño, obligaron mas y mas al hijo de la viuda de Pumarino, y se propuso corresponder á ellas en cuanto sus fuerzas alcanzasen.

Su celo por el acrecimiento de los intereses de su generoso protector fué, si cabe, en aumento; se esforzó en ensanchar el círculo de compradores no solo en la ciudad, sino tambien en todas las poblaciones de la isla, y mas particularmente entre los marchantes de los pueblos del interior que acuden á surtir sus tiendas en los almacenes de la capital, y estableció por fin en la casa un órden y una economía admirables.

Al terminar el primer año de su encargo, se tiró el balance con toda escrupulosidad, y dió por resultado una ganancia líquida de mas de veinte mil pesos: jamás el establecimiento había dejado tan crecidas utilidades.

En el segundo las ganancias fueron mayores aún; y el señor de Miranda, completamente satisfecho de su ensayo, no vaciló en poner en planta desde luego los proyectos que respecto á su socio había formado dos años antes.

Este comerciante, asturiano tambien como su protegido y natural de Villaviciosa, había ido á la Habana de diez años al lado de un tío que había llevado su propio nombre, y hacia ya treinta y dos que estaba trabajando sin descanso y con muy buena fortuna.

En el último tercio de este tiempo había hecho diferentes viajes á su país, había comprado en él muchas y buenas posesiones, procedentes de los bienes nacionales puestos en venta para bien y prosperidad de España, como consecuencia de la revolución; se había casado en su pueblo natal con una jóven pobre, pero agraciada, virtuosa y esmeradamente educada; había hecho construir un edificio magnífico que habitaba ya su familia, á la cual no había querido trasladar á la Habana, y deseaba reunirse definitivamente á su esposa y á sus hijos para pasar tranquilamente el resto de sus días en medio de los goces domésticos, que son la verdadera felicidad para el hombre honrado.

Se había ocupado ya, aunque secretamente, durante el año que acababa de terminar, en ir reali-

zando cuantos fondos tenia destinados á giros independientes de su comercio de ropas; habia vendido la corbeta que mandaba Pumarino, á condicion de que este seguiria siendo su capitan por el tiempo que pudiera convenirle; habia redondeado por último todos sus asuntos en fin-de Diciembre, resuelto como estaba á salir definitivamente de la Habana en la próxima primavera.

Segun el balance que Casimiro acababa de presentarle, las existencias de su establecimiento, unidas al valor del edificio en que se hallaba situado, y á los créditos cobrables que resultaban á su favor, representaban un capital de ciento y cinco mil pesos, de los cuales se debian treinta mil á varios corresponsales por saldo de los últimos pedidos. Quedaban por lo mismo á su favor setenta y cinco mil pesos fuertes.

En vista de este resultado, y teniendo en cuenta la suma de que su protegido podia disponer por entonces, que ascenderia á unos treinta mil duros próximamente, le hizo formal cesion de la tienda, del edificio y de los créditos á su favor por la suma que resultaba en el balance, descontados los débitos, debiendo recibir por ello veinte y cinco mil pesos al contado, y los cincuenta mil restantes en cinco años, sin exigir á Casimiro, como generalmente se acostumbra y como está puesto en justicia y razon, ninguna parte de las utilidades que durante este tiempo produjese el establecimiento.

Proposiciones tan altamente ventajosas fueron admitidas y aceptadas con júbilo y con reconocimiento por nuestro héroe, que se hallaba, á los once años escasos de su arribo á la Habana, dueño de una de las mejores tiendas de aquella ciudad.

El crédito de su establecimiento, en vez de decaer con el cambio de propietario, se acrecentó notablemente; las utilidades eran mayores en cada año que pasaba; pagó religiosamente al señor de Miranda, con quien siguió sosteniendo por escrito las relaciones mas íntimas de amistad, antes de los plazos convenidos, y la fortuna siguió mostrándosele cada vez mas propicia en cuantos negocios emprendia.

Así se pasaron cinco años mas, y el niño que sacamos de las montañas de Asturias estaba próximo á cumplir los treinta de su edad; habia trabajado mucho y se sentia algo cansado. Los retratos de su madre y de Eloisa, colgados en su despacho, avivaban su deseo de abrazar á estas dos prendas queridas, y el hermano que tenia á su lado le inspiraba bastante confianza; y aunque ni por su edad, ni por su disposicion, le consideraba entonces muy á propósito para colocarle al frente del establecimiento, su primer dependiente, aquel niño, hijo de una pobre viuda, que vimos expulsado tan injustamente de la cámara por el capitan del *Pelayo*, era muy merecedor de su proteccion, y se resolvió á que los dos formasen compañía por partes iguales, á cuyo efecto les cedió el establecimiento bajo las mismas condiciones con que él le habia recibido del señor de Miranda.

El capital de Casimiro ascendia entonces á ciento veinte mil pesos, de los cuales pudo realizar

ochenta mil, y se preparó para abandonar la isla de Cuba en cuanto llegase la corbeta de su tio, que se estaba esperando de un momento á otro.

Y como si la fortuna no se hubiese cansado aun de sonreírle, seis dias antes del arribo del buque, Casimiro, que habia jugado constantemente á la lotería sin obtener mas que alguna que otra ganancia insignificante, sacó el premio mayor de la extraordinaria, y aumentó su bonito capital con doscientos mil pesos mas.

Pumarino estaba cansado tambien de navegar, y solo esperaba para retirarse á que su sobrino marchase, porque habiéndole traído y siendo este la causa, aunque indirecta, de su fortuna, no queria dejar el mar sin devolvérselo á su madre.

Le afirmó mas y mas en aquella resolucion la circunstancia de haber encontrado en uno de sus viajes un buque perdido que corria quilla arriba al impulso de las corrientes. En la estampa de popa, que permanecia casi enteramente fuera del agua, pudo leer con asombro, despues de limpiarla con curiosidad de las muchas oclas y percebas que la cubrian:—*El Pelayo de Gijón*.

La vista de aquel buque, zozobrado en alta mar por alguna imprevision quizás de su capitan; la suerte desgraciada de los que habian sido un tiempo sus compañeros, y de los cuales no se volvió á tener jamás noticia, y el haber adquirido ya una regular fortuna, le tenian, hacia tiempo, decidido á establecerse en tierra, tendiendo las anclas, como decia el buen marino, en la misma concha que las tendiese su sobrino.

Nada tuvo que replicar por lo mismo cuando el mismo dia de su entrada en la Habana le enteró Casimiro de la resolucion que habia tomado, y antes al contrario le oyó con marcadas muestras de júbilo y se preparó para acompañarle.

Quince dias despues salian los dos en una fragata norte-americana que se dirigia á Santander, á cuyo puerto llegaron felizmente despues de treinta y un dias de viaje.

Casimiro habia escrito á su madre y á Eloisa pocos dias antes de su salida de la isla de Cuba, haciéndoles concebir la esperanza de que pronto tendria el placer de abrazarlas; pero deseoso de sorprenderlas con su presencia, no habia querido decirlas cuándo.

En una hermosa tarde del mes de junio, y el mismo dia en que se cumplia el aniversario 16º de la marcha de Casimiro, la viuda de Pumarino cogida del brazo de Eloisa y llevando de la mano á su hija, que contaba entonces diez y siete años, salia del pueblo de Cabañaquinta y seguia como de paseo el tortuoso curso del Aller, por el camino que conduce á la capital del conejo.

Iban entretenidas las tres mujeres en hablar de Casimiro y en formar planes para el tiempo en que se hallase á su lado, cuando á la vuelta de un recodo se vieron frente á frente de un jinete que detuvo al verlas la precipitada marcha de su caballo.

Catalina lanzó un grito y ocultó su rostro en el seno de Eloisa: había creído ver delante de sí la imagen de su difunto esposo.

Sorprendida la joven con aquel inesperado incidente, y procurando atender á su futura madre, no había tenido tiempo de examinar al desconocido que acababa de apearse y corría hacia ellas, cuando apareció Pumarino riendo á carcajadas.

Todo esto había pasado en menos de cuarenta segundos.

La risa estrepitosa del marino produjo en Catalina una reacción favorable, y puso en claro aquel misterio.

Escenas como la que entonces tuvo lugar entre aquellas cinco personas, no se describen; se adivinan y se sienten, si hay corazón y ternura bastante para adivinarlas y sentir las.

A la media hora entraban en el pueblo Catalina y Eloisa cogidas de Casimiro, y tras ellas Pumarino y su sobrina.

La voz de —¡Fondo! — pronunciada enérgicamente por el ex-capitan mercante, hizo comprender al primer grupo que se hallaba á la puerta de su casa, en la cual esperaba el anciano eclesiástico la vuelta de su sobrina.

Aquella noche cenaron todos reunidos en la misma habitación y en la misma mesa en que lo habían hecho el día en que se acordó la marcha de Casimiro; pero en vez de lágrimas y corazones despedazados por el sufrimiento y misterios y niñas desmayadas, reinaron entonces una alegría y una expansión inexplicables. El semblante de Catalina se cubría sin embargo por intervalos: pensaba entonces en el placer que experimentaría su esposo si estuviese allí para compartir con ella la dicha en que su corazón rebotaba.

Lazos indisolubles que santificó el virtuoso sacerdote, unieron á Casimiro y Eloisa pocos días después.

Las dos casas que habían habitado cuando niños, se convirtieron en un suntuoso edificio; se ensanchó considerablemente el jardinillo, convirtiéndole en un precioso vergel; se elevó un elegante cenador en el mismo sitio en que los dos esposos se habían dado el último adiós la mañana de su despedida, colocando en él, dentro de un hermoso cuadro, el pensamiento y la rosa blanca que entonces habían cambiado, y no permitieron en fin que Catalina, ni el párroco, ni Pumarino los abandonasen hasta que fueron uno tras otro descendiendo al sepulcro.

Las riquezas que Casimiro había sabido reunir sirvieron en mucha parte para remediar á cuantos desgraciados acudían á sus puertas en demanda de auxilio.

Pero en medio de los beneficios sin cuenta que por este medio dispensaba el *Indiano*, como le llamaban en el país, el ejemplo de su fortuna, adquirida en pocos años, contribuyó á que muchos infelices, con la esperanza de hacer igual suerte, buscasen su tumba en el suelo americano.

BALDOMERO MENENDEZ.

DIA DE DIFUNTOS.

Miseremini mei, miseremini mei, salten vos, amici mei.

Job. cap. 19, v. 21.

«Tened misericordia de mí, vosotros al menos; vosotros mis amigos, acordaos, acordaos de mí.

Acuérdate de aquel á quien después de Dios debes el ser; de aquel anciano venerable que sucumbió á la pesadumbre del trabajo por acrecentar tu felicidad temporal; de aquel padre querido que en el lecho de la muerte te colmó de bendiciones.

Acuérdate de aquella solícita y cariñosa señora que veló noche y día el sueño de tu niñez; de aquella tierna madre que enjugó con sus besos el llanto de tu adolescencia.

Acuérdate del hijo de tus entrañas y de tu corazón, cuyas tiernas caricias perdiste para siempre, cuya inocente sonrisa no volverá á disipar de tu rostro las sombras del dolor.

Acuérdate de aquella compañera á quien el cielo te unió con indisoluble lazo, con quien reiste en tus horas de prosperidad, y lloraste en las del infortunio.

Acuérdate de aquel con quien, asido de la mano, pasaste los sueños alegres de la infancia y los turbulentos días de la juventud, de aquel compañero inseparable que se entristecía en tus adversidades, y se regocijaba en tu felicidad.

Apiadaos, acordaos todos de nosotros; honrad la memoria de los que fuimos en el mundo, los que en el mundo quedásteis."

Así exclaman hoy los difuntos por boca de la Iglesia, repitiendo con lúgubre y dolorido acento las palabras de Job.

Y ¿cómo responden algunos á tan triste plegaria? ¡Ay! sordos los mas á estos gemidos procuran olvidar su memoria entre el estruendo de las orgías.

Aquellos les condenan á eterno olvido apenas pasan los momentos del duelo, y arrancan el luto de sus vestidos para que la pálida imagen de la muerte no venga á turbar sus diversiones mundanas.

Estos, ataviados con sus mejores galas, acuden en tropel al cementerio y cuelgan coronas de flores, y derraman rosas sobre los sepulcros de los cristianos, como en otro tiempo los gentiles sobre los mausoleos de sus mayores.

La vanidad del mundo desplegando sus alas en la mansión de la muerte; la seda y el brocado arastrándose entre la podredumbre de las sepulturas: el hombre asentando el trono de su soberbia en las humildes huesas. ¡Rudo contraste!

Flores entre cenizas; coronas allí donde dejan la suya los reyes al lado de los harapos del mendigo: ¡vanas ofrendas!

Esas flores, símbolo de nuestra vida, sobre el frío suelo, se marchitarán en breves instantes, y su

perfume se perderá entre los miasmas fétidos de las tumbas.

Esas guirnalda de hoy, mañana se convertirán en polvo que esparcirá el viento, con los manes de aquellos para quienes fueron tejidas.

¿De qué les servirán el laurel y la siempreviva, si, al presentarse ante el tribunal del Altísimo, no llevaron ceñidas las sienes con la corona de obras buenas, con la aureola inmarcesible de la divina gracia?

No, no es así como debemos honrar la memoria de las personas á quienes en la tierra amábamos.

No son las flores de nuestros vergeles, sino las flores imperecederas de la oración las que apetecen nuestros hermanos; sino las flores del espíritu que nunca se agotan, cuyo delicado aroma atraviesa las nubes y llega hasta el trono del Juez Supremo para aplacar la cólera de su justicia.

Desde el fondo del sepulcro rechazan los muertos con su descarnada mano homenajes profanos y nos piden para el pobre, el óbolo que empleamos en adquirir las ofrendas y adornos con que intentamos ocultar sus mortales despojos.

No hagamos ostentación de las vanidades de la tierra, hollando con planta impía la que guarda sus restos inanimados.

Entremos en el campo santo: pero entremos cubierta la frente de ceniza y envueltos en humildes vestiduras.

Acordémonos que mañana, hoy mismo, en este instante quizá, nos cercarán los dolores de la muerte, se extinguirá la llama de nuestra vida, nuestros pensamientos se dispararán como el humo, y la podredumbre será nuestro padre, y los gusanos roerán nuestros cuerpos, como roe la polilla la púrpura de los emperadores.

Entonces, cuando el espíritu de humildad haya penetrado en nuestro pecho, cuando sintamos el corazón henchido de dolor y los ojos preñados de lágrimas, elevemos nuestra oración al Señor de los vivos y de los muertos por el alma de nuestros hermanos.

Entonces, uniendo nuestras súplicas con las angustas preces de los sacerdotes, digamos con ellos á nuestro Dios:

"Breve y llena de miserias es la vida del hijo del hombre: nuestros amigos huyeron como la sombra, llenando nuestras almas de amargura. Vuelve, vuelve hacia ellos tu rostro. Oye, Dios de las misericordias, nuestras súplicas: óyelas. Dales la dicha eterna de los justos y haz que delante de sus ojos luzca siempre el sol de la gloria, colocándolos al lado de los príncipes de tu pueblo escogido." (1)

LUIS DEL BARCO.

(1) Palabras tomadas del Oficio de Difuntos.

PUNTO EN BOCA.

No me digas, pardiez, que como un dogo
Ladrando siempre estoy por que critico
Y á mi bilis le doy un desahogo.

No me digas, al ver como me esplico,
Que soy un ente raro, estafalario,
Que me cebo en el pobre y en el rico.

Que es el mundo diverso y siempre vario,
Es cosa que olvidada la tenia
Por mas que te imagines lo contrario.

Al lado del dolor vá la alegría,
Si hay crímenes, en cambio habrá virtudes,
Y lealtades si fiera alevosía.

Yo así lo considero, no lo dudes;
Si me llamas injusto por que rabio
No hay plausible razon en que te escudes.

Es muy cierto que á veces por resabio,
(Del que luego reniego,) se me escapa
La palabra y que necio nuevo el lábio,

Mas, luego reflexiono que no es capa
El mundo todo de maldad y dolo,
Como piensan los monjes de la Trapa.

¡Viva, pues, el ruido! quede solo
Y triste y para siempre abandonado
El que torpe discurre como un bolo.

Siga la danza y vamos sin cuidado
Por esta senda, donde flores brotan
En copioso monton desordenado.

Mientras la copa del placer agotan
Los cínicos, sus lágrimas devoren
Los que pudor y cortedad denotan.

Que la modestia y el pudor desdoren;
Que oculte su vergüenza el que la tenga,
Que los hombres al oro solo adoren.

Nadie su torpe inclinación contenga,
Ni á sus pasiones acortando el vuelo
A dar lecciones de virtud nos venga.

Siga en buenhora enrojeciendo el suelo
Con sangre humana el que con ansia impía
Fragua motines, y en su torpe anhelo

De enlazarse y crecer mas cada día,
El santo nombre de la patria invoca
Cuando tan solo su interés le guía.

El hombre que encendiendo en saña loca
El pecho de algun déspota sañudo
El bien del pueblo sin cesar sofoca;

El que debiendo manejar el rudo
Arado, obtiene honores y grandeza
Porque intrigando levantarse pudo;

El fátuo que levanta la cabeza
Con orgullo, de rico haciendo alarde
Y ostentando dorada la corteza;

El que ha sido y será siempre un cobarde,
Y por saber tirar algo al florete
En ansias de pinchar á todos arde;

El que con capa de amistad se mete
En el hogar del confiado esposo
Y á la esposa impertérrito acomete;

El que estrecha la mano cariñosa
De aquel á quien halaga la fortuna,

Y al amigo infeliz juzga ya odioso;
 El que presta una onza, solo una
 Y luego exige tres, vociferando
 Que filántropo fué desde la cuna;
 El que siempre os está recomendando
 La religion, que desconoce impío,
 Aunque se esté en el pecho golpeando;
 Todos estos al fin, amigo mio,
 Aunque á veces merezcan un grillete,
 Del mundo pescan en el hondo rio.

Conocí en mi niñez á un mozalvete
 Que nunca tuvo hogar ni Rey ni Roque
 Y en punto á inteligencia era un zoquete.

De qué medios valiése este bodoque
 Para alzarse y triunfar, es logogrifo
 Que puede descifrar Birlibirloque.

Él no estudió siquiera en el Rengifo;
 Mas leyendo de heráldica un tratado
 Se adjudicó para su escudo un grifo;

Luego añadió de timbres un puñado,
 Fué grande, figuró, lo pudo todo.....
 Y no pudo jamás ser hombre honrado.

Fortunas que así brotan de entre el lodo
 No perdonan jamás al que prefiere
 La virtud y el honor. De cualquier modo

Verás que poco mi lenguaje hiere
 Al que tiene bien limpia su conciencia
 Sin que nada la turbe ni la altere.

Mas hablar de los malos es licencia
 Que ninguno perdona, y á mi juicio
 Haciéndolo cometo una imprudencia.

El mundo me será poco propicio,
 Dirán unos que soy un deslenguado
 Y otros dirán que vuelo al precipicio.

Fué Jesus con ser Dios, crucificado
 Por darnos sus magníficas lecciones
 De virtud, y apartarnos del pecado.

Gimieron sapientísimos varones,
 Por no mas que decir verdades claras,
 Encerrados en lóbregas prisiones.

Las verdades se vé que cuestan caras;
 Y pues nada en callarlas sacrifico,
 Dejo, entornando cauteloso el pico,
 De meterme en camisa de once varas.

MAXIMILIANO CARRILLO DE ALBORNOZ.

EL PUFF.

POEMA DISPARATADO EN GRADO HERÓICO.

CANTO ÚNICO.

Vosotras, venerables nueve hermanas,
 Que habitais hace siglos el Parnaso,
 Y al aire dando las guedejas canas
 A mil poetas les salís al paso;
 Ninfas que vais por tardes y mañanas,
 Montando en el aligero Pegaso,
 A visitar al rubicundo Apolo
 Por no dejarle abandonado y solo;

Venid en torno á mí; prestadme aliento
 Porque corra mi pluma presurosa;
 Todo un poema redactar intento
 En verso fácil que parezca prosa.
 Yo os pido proteccion; la pido atento
 Por vuestra antigua doncellez dudosa:
 Venid, mostradme las rugosas frentes
 Donde brota el saber en claras fuentes.

No penseis, sin embargo, que atrevido
 A vuestros pies postrándome de hinojos,
 Del grande inspirador la lira os pido
 Para saciar mis míseros antojos.
 Quiero instrumentos de mayor sonido;
 Los vuestros son para mi objeto flojos;
 Son por demás sonoros y sencillos,
 Y yo prefiero bombos y platillos.

Si teneis un tambor y alguna trompa,
 Y un cornetín de llaves resonante,
 Prestádmelos tambien; la orquesta rompa
 De manera que un sordo no la aguante.
 Vayan muchachos con grosera pompa
 En procesion gritando por delante,
 Y mujeres, con ajos en las sienes,
 Repiquen almireces y sartenes.

Con ronca voz y destemplado acento
 Voy á cantar del *puff* la inmensa maña,
 La excelencia, el poder, el grande asiento
 Que altivo funda en la feliz España.
 ¿Qué fuera de nosotros, si al momento
 Esta gran frase, aunque parezca extraña,
 No extendiera su inmenso poderío
 Dueña haciéndose y reina del vacío?

Sin el *puff*, sapientísimos varones
 Que hoy pasan por la octava maravilla
 Ocultos en sus míseros rincones,
 No serian antorchas de Castilla;
 Sin el *puff*, las busconas y buscones,
 Que van buscando á ver lo que se pilla,
 Ni pillarán, ni lucros obtuvieran,
 Ni á soñar lo que logran se atrevieran.

Es el *puff* un incienso pegajoso
 Con que algunos atufan mil narices;
 Magnífico escabel del ambicioso
 Que quiere prometérselas felices;
 Es cera de algun Ícaro famoso;
 Es el barniz mejor de los barnices,
 Con el cual mas de un tonto y mas de un pillo
 Adquieren lustre, y esplendor y brillo.

Es trompa de la fama vocinglera;
 Cebo del vulgo que con fé le admira;
 Tránsito rápido, fácil escalera,
 Y capa vergonzante de mentira;
 Es crédito y fortuna de un cualquiera;
 Es joya de valor que un hombre tira,
 Y la tira tal vez de gozo lleno
 Porque muchos la guarden en su seno.

Es en fin, por decirlo de corrido,
 La desmedida y pública alabanza

Que el hombre que pretende hacer ruido
Con diestra mano hácia el espacio lanza.
Es el modo de ver si un apellido
Gloria y fortuna y porvenir alcanza:
Este es el *puff*; si os gusta conocerle,
Atended, que en accion voy á ponerle.

Apenas á la noche negra y fria
El claro amanecer ledo destierra
Y apuntando va el sol del nuevo dia
Que llena de esplendor cielos y tierra,
El héroe de quien hablo, en su ufanía
Ya está dispuesto para darnos guerra,
Cercado de diabólica cohorte,
Pronto á invadir las calles de la corte.

La primera guerrilla con que topa,
El que atine á mirar bien lo que pasa,
Es una especie de lijera tropa
Que impávida penetra en toda casa.
No os hurtará el dinero ni la ropa,
Pues es gente que nunca se propasa;
Antes bien, y por un derecho módico,
Recien impreso os dejará un periódico.

Si el periódico amigo es del gobierno,
Ya el *puff* en vuestra casa se ha metido;
Puff titánico, eterno y sempiterno,
Curioso, variado y divertido.
Lo que en otros diarios es infierno,
Vereis en este en gloria convertido;
Gloria dó solo á vislumbrarse alcanza
Prosperidad, sosiego y bienandanza.

Mas si es de oposicion el tal periódico,
Dirá por el contrario, en su porfia,
Que el caido es tan solo quien metódico
Puntales al tesoro pondrá un dia;
Su gobierno será siempre el mas módico,
Mas pujante, mas lleno de hidalguía,
Y hasta que aquel de su color no mande
Jurará que el pais no ha de ser grande.

De este modo á impacientes ambiciones
Sirve el *puff* manejado en grande escala,
Y se elevan muchísimos varones
Que debíanse ir enhoramala;
Con tal *puff*, las políticas fracciones....
Mas noto que mi pluma se resbala,
Y huyo, pues, de ese *puff* amostazado,
Echándome á correr por otro lado.

Si no estoy confundido, me parece
Os dije que en Madrid amanecía
Y que el *puff* al instante se aparece
Invadiéndolo todo en su ufanía;
En cada esquina al punto se establece,
Y en carteles y anuncios, á porfia,
A todos los que estén un poco atentos
Les cuenta maravillas y portentos.

Ya es uno que llevado de una idea
Filantrópica, humana y compasiva,

Ofrece su asombrosa panacea
Con grande instancia; y porque el mundo viva,
Y no haya enfermos, y la gente vea
Su ciencia y caridad, hasta se priva
De reposo, y os brinda con su auxilio
Gratis yendo á curar á domicilio.

Verdad es que al haceros su visita
Solo os cobra la droga que os receta,
Y que humano al momento os facilita,
Si vale un real cobrando una peseta;
Mas esto (á qué gruñir?) esto no quita
Que la gente sencilla, y aun discreta,
Del empírico admire la bambolla
Y él viva con su *puff* y con su embrolla.

Con estrépito anuncia otro pedante
Que descubrió el continuo movimiento;
Este el círculo cuadra; el otro, amante
De las ciencias, el alto firmamento
Se dispone á cruzar; se hace incesante
El decir y anunciar tanto portento,
Y resulta despues que no hubo nada
Mas que un *puff* y una broma muy pesada.

Este enseña el inglés en tres lecciones,
Como el otro á escribir en solo un dia;
Aqueste el porvenir de las naciones
Nos anuncia en insulsa profecía;
Otro inventa seis mil combinaciones
Para darnos la dicha en lotería;
Y resulta de un *puff* tan repetido
Que ni enseñan ni dan lo prometido.

Me direis que del *puff* mas elevado
He venido á parar al *puff* grosero;
Mas todo aquí en el mundo está mezclado
Y no voy á volver á mi tintero
La tinta que el papel ha emborronado.
Por esto, y además porque no quiero
Tachar renglones, en mi empresa sigo
Aunque digan que es tonto cuanto digo.

Digo, pues, que ya el *puff* en nuestra tierra
De tal modo se extiende y entroniza,
Que todo el militar que fué á la guerra
Torna hecho un Cid de la sangrienta liza,
Y el hablador que á su opinion se aferra
Es Ciceron que el vulgo diviniza,
Si el primero echa plantas de valiente
Y el segundo de sabio y elocuente.

Si no tiene algun médico clientela
Ni defensas que hacer un abogado;
Si un artista de buena ó mala escuela
Oscurecido vive y olvidado,
Háganse cuenta que murió su abuela;
Alábense con gracia y desenfado,
Y verán como el *puff* portentoso hace,
Y aun al mas ambicioso satisface.

A manera de pobre fuentequilla
Que impaciente se torna en arroyuelo,
Y luego cobra en su bordada orilla
Nuevo caudal que fertiliza el suelo,

Y despues nos aturde y maravilla,
Pues de arroyo se trueca en riachuelo
Y mas tarde en soberbio y ancho rio
Que hunde sus brazos en el mar bravío,

Así el *puff* vá creciendo en ocasiones
Con mansedumbre y humildad fingidas,
Prestando inmerecidas ovaciones
Y robando ovaciones merecidas.
La modestia, entre tantos relumbrones
Vé sus luces robadas y extinguidas,
Porque del *puff* la avariciosa fuente
Apagándolas vá con su corriente.

He dejado hasta aquí de propio intento
De hablaros del gran *puff*, del *puff* mas vario;
Del *puff* de mas trastienda y mas talento
Que vamos á llamar *puff* literario.
Este *puff* colosal, este portento,
Se asemeja á un inmenso campanario
Do repican campanas y esquilonas
Á todas horas y en diversos sonos.

Cuando un autor á quien el mundo aclama
Piensa un drama escribir, ya de corrido
Se dice: "Don Fulano escribe un drama
Que con furor veremos aplaudido."
Escribe tres escenas, y la fama
Repite: "Don Fulano ha concluido
Un acto;" le termina, y ya son cuatro
Cual no se vieron nunca en el teatro.

Piensa Juán escribir una novela
Y su mérito ya pregonar el mundo,
Porque á Pedro su dicha le desvela
Y el tal Pedro es amigo de Facundo;
Facundo es periodista, Pedro vuela
Con Juan, en pos del redactor fecundo,
Y consiguen... mas quiero dos renglones
Dedicar á las pobres Redacciones.

El triste periodista sin ventura,
Que de insaciable suscriptor esclavo
Le ha de dar cada dia la lectura
De un tomo cuando menos en octavo;
Respirando do quier el aura impura
De un *puff* y de otro *puff*; sucumbe al cabo,
Pues aunque viva siempre sobre aviso
Hay momentos de apuro y compromiso.

Si falta original ¿cómo se niega
A servir á un *puffista* impertinente,
Que á todas horas sin cesar le ruega
Que en un suelto le aplauda y le comente?
¿Cómo vivir en sempiterna brega,
Si el otro le asegura que en su mente
Hirviendo está la inspiracion divina
Con que Dios á los sabios ilumina?

Fuerza es ceder; por eso á cada instante
Sale un genio precoz á la palestra
Con talento y con ánimo arrogante
Puffeándose á diestra y á siniestra.

Atencion! el imberbe petulante
Ha empezado á escribir la obra maestra;
¡Viejos estultos! sabios majaderos!
Descubríos! abajo los sombreros!

Moda es tambien en mas de un literato
Suspender las mas graves narraciones
Para pasar con el lector un rato
En cómodas y amables digresiones;
Su objeto es declarar que tiene trato
Con duques y marqueses y barones,
Y añadir que le surte el sastre Utrilla
Y el mejor sombrerero de la villa.

Si sale á pasear, siempre vá en coche;
Tutéanle el ministro y el banquero;
Frecuenta un gran palacio y por la noche
Cien jóvenes le van al retortero;
Una le dá una cita, otra un reproche,
Mas él dice "esta quiero, esta no quiero;"
Por que al fin es tan guapo como ingrato,
Y ahí vá para probarlo su retrato.

Tez morena, nariz algo afilada,
Bigote fino, cabellera hermosa,
Frente serena, altiva y despejada,
La figura elegante y desdenosa;
Guante blanco, la bota charolada,
El traje negro, la postura airosa,
Y otras prendas que omite el literato
Por no hacer enfadoso su retrato.

De este modo se esplica en sus artículos
Y se ocupa de sí, como si fuera
Mayor lauro; y con estos adminículos
Mas gloria y mas prestigio se adquiriera.
Si esos perfiles son ó nó ridículos
Venga Dios y los mire, pero fuera,
Allá en cien pueblos, gente hay que se pague
De este *puff* y otros mil, y se los trague.

Yo conozco en Madrid una persona
Que escribiendo revistas de la villa,
Aunque oculta su nombre, lo pregonar
En ellas de una suerte muy sencilla;
Se firma con seudónimo y abona
A mansalva cualquier menguada obrilla
Que á un tiempo con su nombre ha publicado,
(Y este sí que es dualismo declarado.)

Por último; la gente se *puffea*
Y logra con su *puff* lo que apetece;
El hombre que el escándalo desea
Se vé que al punto cual la espuma crece;
No hay vanagloria que parezca fea;
Todo aquel que á sí propio se enaltece
Y se ocupa del *número primero*,
Se suele colocar en candelero.

Esto prueba que el *puff* tan arraigado
Se ve ya por escrito y de palabra,
Que el templo de la fama está vedado
Al que torpe sus puertas no se abra.
Quien no grita, estará predestinado
A ver que nadie su fortuna labra.

Estamos en el siglo de las luces
Y es fuerza conquistar lauros y cruces.

Lluevan, pues, los sonoros adjetivos,
Haya epítetos grandes y copiosos,
Admiraciones, puntos suspensivos,
Y paréntesis largos y curiosos;
Empleen á granel superlativos,
(Pues del *puff* son recursos poderosos),
Los que por medios y caminos tales
Pretenden convertirse en inmortales.

Que yo en tanto del *puff* la grande historia
Cantaré confundiéndome en el coro;
Si me es posible aumentaré su gloria
Y á todos mostraré que es un tesoro;
Levantaré una estatua á su memoria;
Su nombre escribiré con letras de oro
Y pediré, para mayor ejemplo,
Que el mundo entero le edifique un templo.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

INDEPENDENCIA DEL LITERATO.

POESIA DE MILLEVOYE,
PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

Traducida al castellano.

La libre independencia, noble y grata
Es alma del saber: no hay quien detenga
Del ingenio el sublime y rauda vuelo:
No recibió las alas con que impera
Para vagar inerte y abatido
Y arrastrarse humillado por la tierra:
Siempre camina fiel y reverente
Tras la augusta verdad, y nunca altera
Con vergonzosos hechos sus acciones:
Extraño á los partidos, se presenta
Inmutable y pacífico en la lucha,
Y de un pesar lejano se reserva:
Nunca vendió su corazón ni pluma:
Jamás su rectitud á toda prueba,
Prodigó en menoscabo de su honra
Tributo humilde á estúpidos Mecenas:
Ni en sacrificio de su nombre y fama
Abatió su arrogancia y su grandeza;
Ni incensando á los ídolos inmundos,
Se inclinó consternado en su presencia.

La frente orlada de laurel sagrado,
Despreaux de Anteuil en su destierro llega,
Y en su natal país recoje ufano
El digno premio que el saber presenta:
De Molier en la grata compañía
A su dulce amistad y amor se entrega,
Y á su constante hospitalario esfuerzo,
Pulsa su lira y su cantar eleva;

Y el fausto de Luis, altivo y grande
Que en su estupor enajenado viera,
Se dispó á sus ojos, como el viento
Arrolla y barre la brumosa niebla.

De un alma franca y superior ornado
Rousseau trasfugo los palacios deja,
Y torna satisfecho á su cabaña,
Despreciando las honras y riquezas:
Para él, son hierros los brillantes hierros:
Los favores de un príncipe, cadenas:
Sus beneficios, míseros ultrajes:
El corazón agreste que lo alienta
Derrama por los montes espantosos,
En los sombríos bosques y en las selvas,
El precioso tributo del estudio,
De su espíritu altivo y de su ciencia.

Dichoso el sabio que en tranquila calma
Su solaz busca y su morada encuentra,
Allí donde el tesoro del talento
Se vé libre de celos y contiendas:
Su eterna fama, su brillante nombre,
En el crisol del tiempo se acrecientan,
Se purifican, y producen ledos
El fruto de su digna inteligencia.
Rechaza tantos viles adversarios:
Tanto rival odioso que lo asedian:
Tanto combate, pugilato osado,
Que en su exterminio intrépido campea:
Al célebre Descartes la calumnia
Cubrió con imposturas y tinieblas,
Y á los campos lejanos de Batavia,
Llevó sus obras y memoria eterna.

Tal del noble saber es el destino:
Ante la adversidad su esfuerzo eleva:
En días de dolor, resiste ufano
Cual animoso y decidido atleta,
Luchando con los males y desgracias,
Que por do quier lo oprimen y lo cercan;
Las tintas y colores les reclama,
Para trazar con ellos su carrera:
Así Vernet en su bajel perdido
Cercano á hundirse en la cruel tormenta,
Estudiaba tranquilo de las ondas
Para pintarlas, la actitud soberbia.

El sabio satisfecho, en sus escritos
A la contraria suerte siempre muestra
El poderoso irresistible esfuerzo
Que á su dominio y su poder lo lleva:
Libre, ufano, el palacio de los reyes
Indiferente mira; y sin bajeza
Si alguna vez modesto se somete,
Jamás se abate y su actitud conserva:
Con su gran corazón, siempre animado,
Protege al oprimido con nobleza,
Sin atender del opresor el rango,
Su predominio, autoridad y fuerza.

Fouquet perdió del príncipe la gracia,
Y la Fontaine de amor el alma llena,
En su dulce amistad le prodigaba

El remedio apacible de su pena.
Y su dolor templaba transportado
Con sentidas y téticas endechas:
Y sin vulgares sustos ni temores
Delante de su rey su ardor expresa.
¡Temeridad sublime! ¡raro esfuerzo!
Tal es del genio la arrogancia extrema.

En vano de un tirano los conatos
Contra el sabio se acrecen y fomentan,
En vano su poder irresistible
Un destierro mortífero le ordena;
No hay expulsion, prisiones ni tormentos
Para la erudición, para la ciencia;
Esos peñascos rudos y espantosos;
Esos fríos campos de Siberia;
Esas tristes arenas del desierto;
Esas simas profundas y cavernas;
Nada encierran en sí que cause miedo
Al que en las letras su dominio lleva:
Proscrito, errante y solo, no se cree
En la adusta desgracia que lo cerca:
Su eterna idolatría es el estudio:
Y una patria se forma donde alienta.

Empero si oprimido en triste encierro
Bajo el peso fatal de la cadena
Sufre de la opresión el fiero yugo,
Con ánimo tranquilo siempre ostenta,
En el libro feliz de su destino,
Del perverso el castigo que lo venga;
Y á su opresor le dice con orgullo
"No soy tu esclavo aunque en prisión me tengas."
Un retiro apacible y silencioso
Es el encierro en que triunfante sueña;
Y si el cielo propicio lo ha dotado
con el estro divino de poeta,
Canta y traza en los muros denegridos
Con sus pesados hierros sus creencias.

Un mortal sumergido en la ignominia
Se postra al vencedor con baja mengua.
A diferentes dueños se somete,
Y para hablar su autoridad espera:
El sabio libre su dominio egerce;
Siguiendo ufano la razón austera:
No teme la opresión ni el desvarío;
Del honor y virtud sigue la huella:
Cicerón, que de un déspota inclemente,
Sufrió el trato cruel, nunca se arredra;
La libertad romana busca ansioso,
Y en el sepulcro impávido la encuentra.
Demóstenes también, la impura copa
Apuró silencioso; y su existencia
En un sueño tranquilo y apacible
Legó al tirano, y descendió á la huesa.

Sucumbe el hombre oscuro; en su ruina
En continuo estupor medroso piensa:
Una mano de hierro de su tumba
Cubre el estadio y su memoria encierra:
El sabio siempre existe: de la parca
A la terrible vista, con firmeza

NOVIEMBRE.

Le prohíbe resuelto y animoso
Borre sus obras con impura diestra:
Sin odio, sin temor, tranquilo espira:
Mas su gloria y su triunfo siempre queda,
La cortante cuchilla de la envidia
Siempre se embota en su eternal diadema.

Tal el ave preciosa de Meandro,
Cuando á su fin sin consternarse llega,
Con deliciosos ecos se despide;
Muere gozosa y sus cantares deja.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Gula Templanza.

Dedicada al Excmo. Sr. D. Fernando Rubin
de Celis.

QUINTA PARTE.

I.

LAS DOS VELADAS.

"En un lado la maledicencia, el sarcasmo, la ausencia de todo decoro.—En el otro, la humildad, la dulzura, el amor al trabajo."

El otoño tocaba ya á su fin, y con las noches frías que convidan al esparcimiento y la confianza, habíase engrosado la tertulia de la Sra. Mariscala, con todos los mayorazgos reacios, con todos los curas comodines que en Setiembre tenían pereza de salir de noche, y en Noviembre encontraban muy largas las noches á la lumbre del hogar y se decidían á tomar su caballo, aumentando el número de los que componían aquella célebre velada.

Y especialísima era en efecto el carácter de aquella tertulia picaresca, bulliciosa; discreta y decidida.

A los epigramas se sucedían las bombas, á las bombas, los dichos picantes, y á los versos del Jorobado que leyó con voz estentórea: *Matraca á una dama*, la no menos lasciva improvisación de la Escribana que principiaba.—"Se responde al anterior disparo con la presente culebrina."

La Escribana improvisó realmente en un acceso de cólera. *La matraca del Jorobado*, aludía á un oficial subteniente que se hallaba en Candás curándose de calenturas, y que malas lenguas decían haber cautivado el corazón de madama Listones,

y Sardina Arenque, su horrible y erudita compañera.

Lo cierto es que el oficial ocupaba como todo forastero, un lugar de preferencia en el salón de la señora Mariscala, que como todos los tontos no hallaba diversion sino en los naipes, que miraba con sascasmo de vez en cuando á las dos amigas, y que era un hombre poco á propósito para conquistar corazones, á no ser que aquellos fuesen del género de los de la viuda del Leproso, y de la espiritual y discreta Fílida.

Tal era la animacion, la grata confianza que reinaba en la velada, que hasta la silenciosa condesa de Santarem habia ido perdiendo al parecer su innata austeridad.

La buena señora, suspendia muchas veces su calceta para oír un cuento. Tomaba un polvo, se sonreía, escarbaba el pelo con la aguja sobrante, y concluía por irse aficionando á todos los cuentecitos de la chismografía Candasina.

En cuanto á monseñor que desde mediados de otoño se dedicaba al estudio de las lenguas antiguas á las ocho dejaba la tertulia, se encerraba en una sala baja que daba al jardín, permanecía en ella unas dos horas, y subia de nuevo al salón á la hora privilegiada á la conclusion de la noche, en que arrimada á un lado la labor, todo el mundo tenia voz y voto, en que todos eran oradores, y todos disparataban á mas y mejor.

La lucha del Jorobado con las dos amigas era implacable. Guillermo, que no era mas que el eco de la Mariscala y de la Mayorazga de Peran, la zahería sin piedad.

—Dígame V., dijo dirigiéndose á madama Listones: ¿su marido de V. se llamaba Simon?

—No, señor; respondió cándidamente la viuda; se llamaba Diego.

—V. se engaña, señora, se llamaba Simon, yo á lo menos no le he oído nunca nombrar mas que "Simon el Leproso."

—El Leproso! exclamó el oficial parando un poco la jugada; el Leproso!

—Sí, señor, se apresuró á responder Fílida para ganar terreno en el ánimo del oficial. Leproso, porque la enfermedad que Dios dió al santo Job, no es deshonra, y no por ser la viuda de un leproso ha de perder Rosarito las esperanzas, pues viuda de un leproso era la célebre Maintenon, y llegó á ser reina de Francia.

Rosarito que estaba toda confusa y avergonzada, empezó á levantar la cabeza y á hacerse aire con su moquerito de algodón.

El subteniente se habia engolfado en el juego, y no se acordaba ya de sus dos apasionadas.

—Pero ya se vé! proseguia Fílida perorando. Todos los señalados de la mano de Dios son una calamidad: y ese duende que trae á sus espaldas el monte Thabor, no respeta siquiera el ilustre nombre de V. S. para ultrajar á las almas cándidas.

—En efecto, Guillermo, dijo la señora Mariscala guiñando el ojo al jorobado; es preciso que te reportes, y que esta sea la última licencia, el último choque que haya en mi velada.

Fílida se dió por satisfecha, el Jorobado tomó el guitarrillo y empezó como siempre á preludiar sus coplillas para concluir la velada.

Cuando Guillermo empezó á cantar, el abate se presentó de nuevo en la tertulia.

—Ay, hijo mio de mi alma! exclamó cariñosamente la señora Mariscala: ¡y cómo te va dejando el estudio de las lenguas antiguas!

—Eh! señora tia, respondió jovialmente el abate echándola los brazos al cuello: "el espíritu está fuerte, mas la carne flaca." Encárgueme V. cualquier aventura romancesca y verá V. si soy el mismo.

—Mira que te cojo por la palabra para la primera que caiga, exclamó con sarcasmo la Mayorazga de Peran.

—Enhorabuena, prima! he dado mi palabra, y he de quedar airoso con ella.

Y el abate se puso á jugar, á gritar y á loquear con los mas decididos.

Nada mas bello, nada mas maravilloso que el mágico poder de los contrastes; por eso en uso de nuestro derecho, vamos á conducir al lector á la humilde velada de la infeliz é ignorada Polvorosa.

Aquella velada tan ignorada como dichosa, componíase solo de tres personas: el abate, Elena y la pobre ciega, á la que monseñor habia tenido la habilidad de hacer matar el sueño, y permanecía despierta y decidora hasta las diez, hora en que infaliblemente concluía la velada, que tambien principiaba irremisiblemente á las ocho.

Rodrigo habia traído á Elena desde los primeros dias un presente rico y delicado, que la jóven doncella no habia podido rehusarlo en manera alguna.

Era esta una pequeña lámpara de bronce de forma antigua, de finos y delicados relieves, que debia reemplazar al indecente, miserable y pestífero candel.

¿Cómo decir á monseñor que preferia aquel repugnante alumbrado á la limpia, modesta y delicada lámpara de bronce?

Elena aceptó con profundo reconocimiento aquel presente que hasta podia ser como lo era en efecto hijo tan solo del egoismo de monseñor.

—Nada teneis que agradecerme, Elena, le dijo con naturalidad el abate; os he traído la lámpara porque el humo del candel me asfixiaba.

Elena sintió subir á sus mejillas el encarnado de la vergüenza y nada contestó.

—Llevais muy mal la pluma, hija mia, continuó con la misma naturalidad; ¿quereis que os guie la mano?

Elena estaba como una granada; pero no se atrevió á responder una palabra.

—Sí, sí, señor, respondió por ella la Polvorosa; enseñar al que no sabe es una gran obra de misericordia, y V. S. la hará muy grande dirigiendo á esa pobre huérfana para que concluya pronto su aprendizaje.

La lección no duraba mas de media hora; pero

á los dos días Elena había pasado de palotes á letras.

La pobre niña no necesitaba mas que un director, y ese se lo había deparado el cielo mucho mejor del que ella hubiera podido soñar, porque Rodrigo tenía una letra de las mas magníficas.

A las ocho de la noche el abate se bajaba á estudiar, como hemos dicho, á la salita del jardín; salía al campo y se encaminaba silenciosamente á la playa, que rodeada tan solo de casitas de pescadores, yacía envuelta en un profundo y sepulcral silencio, interrumpido tan solo por el manso y triste ruido de las olas que venían á espirar sobre las guijas de la ribera.

El pescador cansado de trabajar se recogía con el día para despertarse á la primera luz.

Rodrigo no encontraba en su camino un ser viviente, excepto alguna raposa que bajaba del monte protegida por las sombras de la noche y erraba sin descanso por la playa buscando en vano pasto á su constante voracidad.

Siempre que divisaba la raposa corriendo como un ave ó columpiándose sobre el pico de una peña, Rodrigo se estremecía y hacía la señal de la cruz. Aquella sombra escuálida y prolongada; aquellos ojos leonados que brillaban en la oscuridad como dos carbunclos, despedían una luz fatídica que ejercía una presión inmensa sobre la exaltada imaginación del joven ordenado.

La Polvorosa y su hija que desde la primer campanada de las ocho aguardaban en silencio la llegada de su joven protector, respondían al primer golpecito de Rodrigo que aunque llegase trémulo y atormentado por la visión de la raposa, recobraba al entrar en aquella miserable choza, la calma, la alegría, el bienestar, que no podía encontrar en su espléndido palacio de Doña Isabel de Solís.

La lección como hemos dicho, duraba media hora, inspeccionándola Rodrigo desde un grosero escaño situado desde tiempo inmemorial cerca de la lumbre.

Concluida la lección Elena, cosía ó bordaba á la luz de la lámpara y el abate comenzaba con la Polvorosa una conversacion animada sobre las leyendas y tradiciones del país, de las que encerraba Gumersinda en su por otra parte ignorante cerebro una rica y variada colección que para un anticuario y observador filósofo, era equivalente á un codiciado tesoro.

Tan entusiasmada estaba Gumersinda con aquel protector que las proporcionaba medios de lucirse á su manera, que no había una sola noche en que no le refiriese una leyenda popular, ó bien una tradición religiosa, ennoblecida con ese sello de fé que distingue desde muy antiguo los corazones asturianos.

La Polvorosa, mujer ignorante y ruda como la peña que bordaba la playa, que apenas había podido aprender de memoria á contar hasta veinte y cinco, tenía para las leyendas una memoria prodigiosa en las que se cobijaban como en un archivo todas las tradiciones de la provincia, todas las

poéticas fantasías, producidas por la imaginación romanesca de los cándidos habitantes de las montañas.

Por eso nada hay mas cierto que aquel adagio de los padres Jesuitas: "El que no sirve para el coro sirve para escoger melones."

Rodrigo se había acostumbrado de tal manera á las dulzuras de aquella humilde velada, encontraba tan cómodo el durísimo escaño, tan respetuosa y digna la actitud de Elena, que solo una vez entre mil se atrevía á mirarle de frente, tan encantadores é interesantes eran los relatos de la ciega, que apenas sonaba la hora de las diez, su frente se nublaba, su espíritu se cubría de una tristeza profunda, y sentía que las fuerzas le abandonaban al ver que era forzoso separarse de aquellas dos criaturas ignoradas para el resto del mundo.

Triste y apesadumbrado atravesaba á grandes pasos las calles solitarias penetrando en el jardín, y estableciéndose en su salita destinada para el estudio de las lenguas antiguas, y teniendo que mudarse aceleradamente sus vestidos calados por la lluvia.

Después que descansaba un momento, subía de nuevo á la tertulia, se mezclaba en todas las aventuras, y era en fin, el alma y la vida de aquella *fila señorial*, donde la única y constante ocupación, era la de desollar al prójimo sin piedad.

¡Qué contraste! de un lado el lujo, el cinismo, la malicia, los chistes lascivos, el ruido y la alegría. Del otro la pobreza, la humildad, la calma, la serenidad de conciencia, buenos deseos y sonrisa de ángeles.

Tales eran las dos veladas en que el joven abate dividía su vida y cuya constante lucha iba ejerciendo en su físico una influencia de las mas lastimosas.

¿Cuál era la velada en que Rodrigo aventuraba su alma, su vida y su felicidad?

¿Cuál era la velada que tenía para el gallardo aristócrata todos los encantos, todas las flores, todos los ensueños de luz, de gloria y de paraíso?

El lector lo habrá adivinado ya.

II.

LAS DOS RIVALES.

"Será sin duda
El caballero un milagro
De celestial hermosura
Cuando á dos cogió en el lazo."

P. D.

En tanto el cura y la Soberana, llevaban una vida que envidiaría el mismo abad de la Redondela. El cura continuaba comiendo como un buitre y para poder saciar mejor su vicio favorito, se pegaba á las mesas aun á las mas pobres como la ostra á la peña, y preguntando á los dueños de la casa: —¿Pero es posible que se ha de poner el puchero para la pobre ama que me aguanta todas mis

rarezas? no, no, en la olla de San Francisco donde comen cuatro comen cinco.

Y tomando su paraguas echaba en busca de la Soberana, á la que de esa manera arrastraba consigo á todas las bodas, á todas las honras, á todos los bautizos. Joaquina comia cada vez menos, porque su continuo flato histérico solo se calmaba con licores espirituosos, llegando al extremo de beberse entre la enferma y el señor cura diez y seis cuartillos de sidra como trago de espuela.

Como nada pudiera vislumbrar Joaquina acerca de las visitas nocturnas de monseñor, continuaba dando á Elena la cazuelilla de las sobras que la ciega repartía para la cena y comida del día siguiente, pasándose Elena por único alimento con la comida de medio día que era la que le tocaba en casa de Joaquina.

En cuanto al pan, solía dar siempre á Elena los mendrugos sobrantes, con los que la Polvorosa formaba su constante desayuno. Un día con gran admiración de Elena, sacó Joaquina de un armario un panecillo de media libra y se le alargó á Elena diciendo:

—¡Anda mala cabeza! que al fin y al cabo tú eres la que me has de heredar, y lo mismo me dá ya en vida que en muerte... desde hoy puedes contar con un panecillo diario.

—¡Un panecillo diario! exclamó Elena arrastrada por un sentimiento de gratitud; ¡ah! ¿cómo podría yo pagaros tanto favor?

—¿Cómo? ¡pues vaya una dificultad hija mia! Viniedo mas temprano, y llevándote por la noche mi costura para adelantarla.

—Ah, tía mia! exclamó Elena, poseída de un verdadero sentimiento; ¡es imposible! por la noche es cuando yo gano para calzarme aunque malamente, y para el tabaco de la pobre ciega, que se moriría si la privase de su vicio favorito. Que lo que es vestir, madrina, añadió Elena echando una mirada sobre su raído trage, no sé lo que ha de ser de mí cuando se me acabe este pobre vestido negro.

—¡Toma! quien te dá ahora el pan, y el alimento y todo, esa será la que tenga como siempre que reponer el vestido... ¡Pero vaya una hipocresía!

¡Preguntarme como me ha de pagar ese favor, y luego retirar la mano como una gata! anda, anda, vete con Dios, que escrito está: «que no hay peor cuña que la de su propia madera.»

Elena tomó el panecillo entre avergonzada y confusa y salió de casa de la Soberana, apesadumbrada en verdad por no poder acceder á la petición de su tía.

Pero apenas puso el pie en la calle y respiró el aire libre, apenas sus ideas esclavizadas todo el día en la escuela volvieron á emprender su vuelo, Elena recordó lo que les había contado el abate, y comprendió que no era ella la que daba el panecillo, sino la señora condesa de Santarúa, que pagaba á la Soberana una pensión demasiado crecida para la manutención de aquellas infelices, que aun no habían recibido el primer real, de aquella para Candas cuantiosa limosna.

En lugar de sentir agradecimiento hácia su tía, levantóse entonces en su pecho un sentimiento de indignación que tal vez la hubiera impulsado á volver á casa de su tía, si la idea de que esa imprudencia podía comprometer á Rodrigo, no la hubiera obligado á dirigir humildemente sus pasos hácia la cabaña, y á fijar todo su pensamiento en la ya próxima velada.

—Oh! exclamaba Elena poseída de un entusiasmo que llenaba todo su ser; pronto escribiré palabras.... palabras! estampar allí mi pensamiento, cruzar con él el espacio igualándome con las aves del cielo.... escribir mis penas, mis alegrías.... oh! ese es el don mas precioso que Dios ha concedido al hombre en este valle de dolores!

Elena llegó á su cabaña, y encendiendo la lámpara de bronce, se puso á coser aguardando la deseada hora de la velada.

Pero aquel día, bueno para Elena porque en él había adquirido la propiedad de una ración de pan, no había sido tan tranquilo para todas las damas de la famosa villa del Cristo.

Rosarito despues de haber pasado la noche en vela, se había puesto á escribir con mucho afán, si llamarse puede escritura una sucesión de letras mal formadas y en su mayor parte mayúsculas, como para hacerse entender mejor.

En seguida la viuda del leproso se puso un vestido de indiana de color de oro con flores negras, (uno de sus amados trages nupciales) un pañuelo encarnado de lana, un lazo verde para sujetar el pañuelo sobre el pecho, y un puñado de cintas del Cristo de Candas (1) de todos colores, prendido en medio del rodete con una aguja de plata.

Verdadero gallo de carnaval que se apresta para la rifa de la cucaña, nunca había merecido mejor Rosarito su apodo de Madama Listones.

En cuanto á Filida ya era otra cosa: levantóse á media noche atormentada por una idea fija, colocó de pié sobre unas trébedes de hierro que había en la cocina, haciéndose la ilusión de que se encontraba colocada sobre la trípode de bronce de la Pitonisa de Delfos, y allí se puso á declamar á mas y mejor, sin que la niña que la servía de criada se despertase de su profundo sueño.

Despues que hubo improvisado el trozo que deseaba, vistióse aceleradamente y se puso á escribir con la letra mas minuciosa que pudieron formar sus dedos, bastante ejercitados ya en escribir ensueños é improvisaciones forzadas que era su fuerte.

En seguida se asomó á un balconcillo de madera sin pintar, y se puso á esperar la salida del sol, al que saludó con un himno, en el que se traslucía

(1) El Cristo de Candas cuya efígie deforme revela la infancia del arte, fué encontrado en el siglo XVIII en los mares de Irlanda por unos pescadores de Candas que habían ido á aquellas costas á hacer sus pesquerías, y que sacaron en sus redes la milagrosa imagen. Créese que fué una de las muchas que los ingleses católicos arrojaron al mar en tiempo de Enrique VIII para libertarlas de ser destruidas por los reformistas.

REVISTA DE MADRID.

Un cuentecito á guisa de prefacio.—Ojeada á lo pasado.—Juventud y vejez.—Adelantos de la corte.—La Puerta del Sol.—Etimología.—Linterna mágica.—Lo que entra.—Las damas desocupadas.—Misterio de bastidores.—Un vestido amerengado.—Lo que sale.—Todo lo mismo.—¡Vivan las feas!—Peinado nuevo.—Moda extravagante.—La humanidad estampada.—Vapores sentimentales.—Madrid en las calles.—Entrada de la Reina.—Convite régio.—Teatros.—Las orugas hechas mariposas.—Tocador de una dama.—Exposicion de pinturas.

Cuenta, no sé quien, que hubo en la antigüedad un célebre guerrero que al poner la planta en tierra africana, donde entraba como conquistador, acertó á tropezar hasta el punto de caer cuan largo era, lo cual produjo en sus legiones un efecto bastante desagradable. Pero el mozo, que sin duda lo entendía, levantó la cabeza, y estendiendo los brazos sobre la arena, gritó con toda la fuerza de sus pulmones: *Africa, por fin te tengo entre mis brazos.*

Sin ser héroe ni cosa que lo fundó, ¿podré decir lo mismo al encontrarme en el recinto de la coronada villa?

Creo que sí.

Un año hace que la abandoné; año de azares, de luchas, de sustos, de goces y de placeres; año que si nada me ha producido moralmente, en cambio me ha dejado para largo tiempo muchos recuerdos que apreciar y no pocos encantos que sentir.

Pero en fin ¿cómo ha de ser! si yo he tenido la debilidad de envejecer un año, no así la coronada villa que se encuentra mas galana, mas bella y oronda que el día que la abandoné.

Todo lo encuentro rejuvenecido.

Las calles, algunas de ellas, que parecían antes alma de avaro, según lo estrechas, tortuosas y desapacibles que se presentaban á la vista, con aquellas casas tan escueltas, tan tristes y abalijadas, están como aldeanas en día de fiesta, frescas, gallardas y esbeltas, con sus caras abigarradas ó blancas, según los diferentes gustos de sus dueños; en esto, como en todo, se necesita tener buen gusto para las cosas.

En cuanto á la *Puerta del Sol*... os diré.

Semejante puerta, (bueno es que sepáis que no existe,) es una plaza sumamente informe y estrecha, que por estar en el centro de la población y bañada todo el día por los rayos del divino Febo le ha valido seguramente el retumbante título de Puerta del Sol.

En ella desembocan ocho ó diez calles, las mejores de Madrid.

Que es puerta, metafóricamente hablando, no me cabe duda ninguna.

Por ejemplo.

La habitación, ó sea la plaza, á la que esta puerta dá entrada, es el sitio escogido por todos los ratos de Madrid para hacer sus fechorías.

En ella entran al cabo del día todas las eminencias.

toda la ternura que rebosaba en su ahumado corazón.

Con el primer rayo de sol cruzó por delante del balcon de Filida un muchacho campesino que traía á la espalda una carguilla de cadaves (1) que con sus espinas le venia ensangrentando el cuello y las orejas.

Filida aunque entusiasmada con el madrigal, pensó en que no tenía leña para encender la lumbre, en que su fámula dormía profundamente, y en que la soledad que aun reinaba en la dormida villa, le permitió ajustar las cadaves, cosa que no hubiera hecho en pleno día por el oro del moro.

—¡Rústico! dijo esforzándose para que la oyese el muchacho, que tenía todas las trazas de idiota; ¡rústico! súbame V. ese haz de leña, á lo mas encumbrado de mi domicilio.

El muchacho se paró un momento delante del balconcillo, la miró con ojos de tonto rematado y prosiguió su camino.

—¡Rústico! ¡Rústico! volvió á gritar Filida con el mismo afán, ¡súbame V. ese haz de leña á lo mas encumbrado de mi domicilio!

El muchacho retrocedió de nuevo aunque sin comprender una palabra, y se situó debajo del balconcillo interrogando á Filida con su mirada estúpida.

Filida hizo una señal afirmativa, pero el muchacho no se atrevió á subir, hasta que una vocecita chillona y agradable exclamó á espaldas de Filida:

—Sube los cadaves al desvan Hó. (2)

El campesino subió con sus piés descalzos la escalera de Filida mas contento que una pascua por haber vendido su hacienda tan pronto, y tomó contando y recontando los tres cuartos, que le produjo la venta, un camino pedregoso y lleno de pederuales cortantes que le destrozaban los piés, sin que siquiera se apercibiese de ello.

Filida en tanto envió á su criadita á la compra, repitiéndola desde el balcon para que no se le olvidase:

—A casa de Ramona de Brás; ya sabes... calle corrida, en la esquina que dá al campo de la Baragaña. (3)

Las once de la mañana serian poco mas ó menos, cuando la Mayorazga de Peran armada de tontillo, adornada de su inseparable peluca roja, y envuelta en un manto negro de mañana, se coló de rondon en casa de la Sra. Mariscala gritando, bailando, y agitando en la mano unos papeles, que parecían motivar toda su alegría.

(Se continuará.)

(1) Cadaves, leña de maleza cubierta de espinos, aliaga.

(2) Hó, abreviatura de hombre.

(3) Campo de la Baragaña, célebre por estar situado en él, el camarín del famoso Cristo de Candas.

cias de la corte, y salen todos los enredos de la sociedad.

Veámoslo si nó.

Entran:

Por la mañana los barrenderos.

A las ocho, los empleados de poco sueldo, horteras, escribientes, modistas y gente de servir.

A las diez, once y doce, empleados de consideracion, de alguna consideracion y de mucha consideracion.

Damas de todas condiciones y clases, que con la plausible idea de ir á la Iglesia, se encuentran *por casualidad* con sus amantes y se van á oír la misa por las calles.

A las dos... oh! á las dos es lo bueno!

A esta hora entran los ministros que van á despachar; los diputados que van despachados, los corredores y bolsistas, los noticieros y las mujeres verdaderamente elegantes de la aristocracia.

Estas últimas van á las tiendas.

Entran en una: las ofrecen un asiento, lo aceptan, les llenan el mostrador de sedas, las miran, hablan mucho, regatean, estrujan, miran el reloj; se levantan, se despiden con la mas amable de sus sonrisas, se miran á uno de los espejos que penden de las paredes, se entran en su carruaje, y quede V. con Dios: se van con la música á otra parte, sin haber comprado una hilacha.

Conozco una á la que su marido le pasa *cuarenta mil reales anuales para alfileres* y debe *mas de tres mil duros* en una tienda de trages y fruslerías que ha comprado.

Aunque esto no debe de extrañar, porque ella se hará la siguiente cuenta. Mi marido me dá *cuarenta mil reales para alfileres*; cuando esto hace, no es sin duda movido por el deseo de que comercie con ellos, sino con el lógico de que los gaste; ¿para qué sirven los alfileres? para prenderse la ropa; luego ¿la ropa es necesaria? ciertamente; pues venga ropa bastante á apurarlos todos en término de un año. Y de aquí el enorme déficit que tiene en las cuentas paralizadas de este comercio.

Y por último; tambien entran los rateros.

Estos roban á mano limpia.

Hace pocos dias, entró uno en una tienda de comercio; mandó sacar vestidos, desechó algunos, rechazó otros y revolvió muchos, hasta que ya cansado ajustó uno en ochenta duros. Pero hé aquí que el dinero no le alcanzaba, por lo que no tuvo inconveniente en aceptar á uno de los dependientes para que se lo llevase á su casa, donde lo pagaria.

Así las cosas, suben por la calle de la Montera, atraviesan otra calle y llegando frente á una confitería, le dice al mozo.

—Aquí podrá V. recojer el importe.

Y diciendo y haciendo se entró dentro; entablando con el dueño este diálogo:

—Hay merengues?

—Si señor.

—Es que necesito muchos.

—En ese caso se harán.

—Pronto?

—Cuanto antes

—Dentro de media hora?

—Los tendrá V.

—Necesito ciento.

—Corriente.

—Buenos?

—Buenos.

—Está bien.

Y saliendo á la puerta se reúne al criado, si bien volviendo la cabeza le dice al confitero:

—Se me olvidaba. De esos ciento entrega V. ochenta al señor.

—Lo haré así.

—Lo conocerá V?

—Perfectamente.

Y se separaron.

Llegan por fin á la casa que decia suya el Macallister de calle, toma el vestido en sus manos, despide al criado dándole una propina y recordándole la confitería donde le darian el importe, y subiendo la escalera desapareció á poco.

El criado, como es natural, lo primero que hizo fué dirigirse al confitero y personándose con él, pedirle el importe que el otro le dejó encargado.

—Vengo, dijo, por lo que aquel caballero...

—Sí, sí, le conozco á V. replicó el confitero: sino que tendrá V. la bondad de aguardar un poco, porque aun no los han traído.

Dicho y hecho, el mozo toma asiento, hasta que pasada media hora entra uno con una fuente enorme de merengues en las manos.

—Aquí los tiene V., dijo el confitero apenas los vió; si no quiere V. molestarse se los llevarán á V.

—El qué? respondió el otro estupefacto.

—Los merengues.

—Se burla V?

—No señor; pero V. ¿qué pide?

—Lo mio.

—No nos entendemos. Aquel caballero me mandó hacer cien merengues, de los cuales delante de V. me indicó que le reservase á V. ochenta.

—Ah Dios mio! me han robado!

Y el pobre jóven se echó á llorar.

En cuanto al ladron... cero: todavía no ha podido ser hallado.

Ni se hallará, que es lo peor.

Ved, pues, la gente que entra en la Puerta del Sol.

Ahora, si quereis saber lo que sale, seguid por un momento á toda ella y fácil os será averiguarlo.

En primer lugar:

De los barrenderos sale un polvo que infesta la atmósfera y produce vértigos, náuseas y convulsiones.

De los empleados de poco sueldo, horteras, escribientes, modistas y gente de servir, citas, sisas, calamidades y miseria.

De los empleados de alto copete... vagancia elevada á la categoría de necesidad social.

Y por último, de las damas de todas condiciones... maridos burlados, arruinados y perseguidos: amantes complacientes, y comerciantes con enormes déficits por vender al fiado.

La Puerta del Sol es el extracto de todas las aven-

turas buenas y malas de la coronada villa.

En cuanto á su belleza, ya os lo he dicho; es absolutamente nula.

Sin embargo, ya me he hallado con una novedad.

Redúcese esta á una gran fuente que en su centro se ostenta.

Pero no porque la llamo grande, vayais á creer que realmente lo es; no, la llamo grande por su extension; pero nunca por su belleza, su grandiosidad artística ni su altura.

La fuente redúcese á un gran pilon, que cuando mas, levantará media vara del suelo, con un surtidor en medio á la altura del pilon, que si bien es cierto que nada tiene de particular en su forma, la tiene en cambio en su fondo, puesto que arroja un torrente de agua á ciento y tantos piés de elevacion, lo cual ha hecho decir á un célebre novelista, —que es un rio en pié.

Y esto y algunas cosas mas, es lo único que he encontrado durante mi ausencia, digno de mencionarse.

Por lo demás, los árboles, las calles, los cafés, los teatros, los malos cómicos, las mujeres feas, feísimas que dejé, todo.... absolutamente todo sigue lo mismo.

Aquí no hay una mujer para un remedio.

Dicen que sobran; para los afortunados... tal vez; pero para los pobres de espíritu, lo niego.

Las hay bellas, elegantes, simpáticas, no se puede negar; pero la mayoría es fea, digan lo que quieran sus defensores.

La tersura del cutis: la pureza en la mirada: la frescura en los labios, la perfeccion en las formas, la dulzura en los contornos, son detalles que apenas se distinguen en ninguna, bien sea por su precoz desarrollo, bien por la vida que hacen, bien por lo mucho, muchísimo que abusan de los afeites para hermostrar el rostro.

Lo que si se les tiene que conceder, es la elegancia.

El peinado sigue como siempre, en completa revolucion.

Sin embargo, he visto á muchas que presúmen de elegantes un peinado que me disgusta.

La parte superior de la cabeza la llevan lisa; pero en cuanto á los dos extremos, Dios guarde á V. muchos años. El pelo lo llevan en forma de cocas: pero tan rizado todo, no en sortijillas, si no en ondas, que remedan perfectamente la cabeza de un perro de lanas americano. He notado que cuantas lo han adoptado, son rubias. ¡Bonitas están! También en los vestidos he visto una pequeña innovacion.

La mayor parte se ciñen el cuerpo con cinturon negros ó del color del vestido, muchos de brocado anudado por delante con dos broches de oro ó cosa parecida, algo semejantes al de las antiguas vestales.

Pero lo mas negro falta todavía.

El dia que entró la reina ví á una dama de la aristocracia, la marquesa de B.... que llevaba el peinado como dejo descrito: un cuello de hombre, pero de esos derechos que parecen un dogal, con su

corbata negra formando un lazo; y un vestido ó sobre falda, ó gaban ó qué se yo como llamarle, que cerrando sobre el pecho le caía sobre el vestido cubriéndolo por completo y sin ceñir la cintura, aunque sí contorneándola.

¿Y qué mas?

Ah! yo creo que si adoptan este traje, vá á llegar el caso de que en vez de regalarles el retrato ó un dije, ó un pañuelo, ó cualquier fruslería, vá á ser preciso trocar todo esto por una pipa, ó un cajon de cigarros puros, ó media docena de cajetillas de virginia, tomándonos nosotros el trabajo de remendar, hilar, barrer, hacer medias y cojer el estropajo.

¡Lo que inventan estas mujeres, ni el mismo Satanás!

¿Pues qué me decís de los retratos-tarjetas?

Adios ilusion, poesia, misterio y encanto de los amores; ya un retrato no cuesta á un amante el trabajo de luchar, de pedir, de suplicar, de insistir, de enfurecerse, de alimbararse para conseguirlo, no; ya cualquier dama casada, viuda ó doncella os dá su retrato ó lo cambia por el vuestro como si os diese un caramelo ó un prospecto de teatro, ó lo cambiase como cualquier objeto en un bazar de poca monta.

Ya es escusado hacerse tarjetas con el nombre y el apellido; las tarjetas nada deben decir porque ocupando su lugar el retrato, sería una verdadera anomalía.

Pero ¿seguirá esta moda? Lo dudo.

Y para ello creo que hay un gran obstáculo: las feas.... y los feos.

¿Qué hombre que asusta en la calle se presenta por vez primera en el umbral de una puerta, llama, pregunta por las señoras, entrega el retrato y espera paciente á que le supliquen entrar? Pues digo! si el retrato cae en manos de las señoritas de la casa ¿qué no dirán? de qué epigramas no será objeto? con qué ansiedad no acudirán á la sala para ver el original, con la misma algazara que si fuesen á ver un animal raro, ó un indio del Senegal?

Lo que es yo, no me retrato de esa manera, así supiese que con hacerlo me volvía mas hermoso que el Hércules de los siete trabajos.

Y es que me parece un absurdo, una ridiculez, una necedad, una gala insípida de belleza, una anomalía, un sarcasmo contra el sentido comun.

Y á propósito de sentido comun.

Una señorita tuvo la ocurrencia de regalarse á sí misma siete puñaladas hace muy pocas noches, sin que hasta la presente me haya sido posible averiguar el motivo. Me lo figuro sin embargo.

Hay mujeres, y de estas he hallado muchas, con una mala educacion tal, y unas tendencias tan lamentables hácia todo lo extraordinario, que fueran capaces de entregar su alma á Júdas, si con hacerlo así, supiesen llamar por un momento la atencion pública. De aquí esos suicidios por amor, esas entradas en los conventos, esas fugas del hogar paterno, esas atrocidades morales y físicas que á cada momento presenciamos y que luego no enmiendan, ni borran, ni alejan, todas las lágrimas juntas de Armida, Safo ó Dido. Pero en fin, el

mundo es grande y como la media humanidad se rie de la otra media, nada tiene de extraño, que mientras la voz de uno nos sorprende con el relato de algun trágico suceso, la de otro nos lo haga olvidar con el recuerdo de alguna novedad próxima á acontecer.

Madrid se pinta solo para estas cosas.

Y en días como los que están haciendo, mucho mas.

Yo me atrevería á suplicar á los mismos andaluces, que es cuanto se puede decir, tuviesen la humorada de decidirse á pasar un solo mes del otoño en esta poblacion, para que me dijese si habian ni soñado siquiera un cielo mas puro, mas terso, mas suave; una atmósfera mas templada, una temperatura mas admirable, un conjunto mas bello y celestial. Decididamente que no.

Además, la animacion, esa animacion que produce el bienestar; ese regocijo que se lee en todos los semblantes, ese tumulto continuo de las calles, ese ruido, ese estrépito, esa confusion, esas nubes de gente que pululan al menor asomo de una fiesta, de una novedad insignificante, ¿dónde, en qué parte del mundo se vé, como no sea en las grandes poblaciones?

Dígalos si nó, el día del regreso de la Reina.

Qué día! qué bullicio! qué ruido! qué animacion! Hace mucho tiempo no habia visto cosa parecida.

La carrera estaba cubierta por la tropa de la guarnicion.

El Prado, la calle de Alcalá, la Puerta del Sol, las puertas, los balcones, las ventanas todo estaba literalmente cuajado de gente, en todas partes brillaba la alegría de una tarde tan templada, tan magnífica y espléndida.

Sin embargo, todo pudo aguararse por la impremeditacion de un chicuelo, que mezclado entre el comun de la gente en la Puerta del Sol, disparó un cachorrillo sobre las personas reales que iban en carretela descubierta, si bien por fortuna no salió el tiro. Vista la accion por un caballero que estaba detrás, cojió al muchacho por el cuello, mientras que el general Concha que iba á caballo y lo habia visto, corrió hácia él poniéndole la espada en el pecho, mientras que llegaban los municipales.

El agresor no hizo movimiento alguno ni para defenderse, ni para escaparse.

Conducido al Principal y hecho el primer interrogatorio, parece que dijo ser la causa de su atentado estar aburrido porque no le habian querido admitir en el ejército.

Tiene diez y nueve años, es pequeño de estatura, con una fisonomía simpática, y estaba en la actualidad sirviendo en clase de ayuda de cámara á un diputado.

Se llama Rodriguez.

La Reina de nada se apercibió.

El cachorrillo estaba cargado con pólvora no mas.

Él confesó que habia puesto la bala; pero el caso es que no existia. Nadie ha dado importancia á esto.

A los dos días, el 18, hubo gran convite en palacio.

Asistieron las personas siguientes:

A la derecha de la Reina:

El Infante D. Francisco, Marquesa del Duero, Ministro de Marina, Marquesa de Santiago, Marqués de la Habana y Patriarca de las Indias.

A la izquierda:

Infante D. Sebastian, señora del Ministro de Marina, Ministro de Hacienda, señora de D. Enrique O'Donnell, Duque de S. Miguel, Conde de Balazote, General Lemery y Marqués de Santiago.

Derecha del Rey:

Infanta Doña Isabel, Duque de Tetuan, Marquesa de Malpica, Ministro de Gracia y Justicia, Gobernador de Madrid, confesor de S. M., Conde de Altamira, General Alós.

Izquierda:

Marquesa de la Habana, Marqués del Duero, señora del Ministro de Hacienda, Ministros de la Gobernacion y de Fomento, General D. Enrique O'Donnell, Intendente de palacio.

Los dos frentes los ocupaban:

El Marqués de Alcañices y el Duque de Bailen. También asistieron los oficiales de guardia y el jefe de parada.

Dejaron de asistir por hallarse enfermos, el Ministro de Estado, la Duquesa de Tetuan y la señora del Ministro de la Gobernacion.

Por lo demás, todavía no han empezado las sociedades, razon por la cual anda la gente como el alma de Garibay, sin saber cómo pasar estas eternas noches. Y gracias que no llueve; pues el día que así suceda, quedamos lucidos por completo.

Así es como se comprende el por qué de que los teatros estén llenos, especialmente el Real, donde la compañía es de primo cartel, segun la opinion de los inteligentes. Además este teatro tiene el privilegio de ser el elegido por la aristocracia femenina para lucir sus galas, que dicho sea de paso, no dejan de ser espléndidas.

Y es natural: el terciopelo, los dorados, los torrentes de luz que llenan el recinto, motivos son mas que suficientes para excitar el deseo y la vanidad de estas damas, que se pierden en medio de las gasas, los tules y la pedrería, como si se tratase de una eleccion donde la mas hermosa debiese ir á ocupar el primer trono del mundo.

Yo no sé cómo se adornan esas mujeres, que las viejas parecen jóvenes: las feas hermosas y las hermosas hadas ó arcángeles.

Pero ¡triste es decirlo! Como cada cual estamos convencidos de que la época de los milagros pasó, ¿qué de extraño tiene que volviendo la vista unas horas atrás, nos demos de manos á boca con los tocadores de estas improvisadas hermosuras?

Trato con intimidad amistosa á una dama de la aristocracia, la cual, siempre que tiene que concurrir á algun baile de palacio ó de alto tono, me dispensa la honra de dejarme penetrar en el santuario de su tocador para verla darse la última mano y emitirla mi parecer.

Pues bien; el gabinete de esta dama es lujoso: en

Salones de Paris.

24 DE OCTUBRE.

El otoño.—Las carreras de caballos.—El bosque de Boulogne.—El tiro de Vincennes.—Desgracias en el Hipodromo.—Leotard.—Sus retratos.—Un buen negocio.—La caza.—Ardid de una mujer para quitar á un marido la afición á la caza.—Los salones.—La Flor del campo.—Una madre adoptiva.—Teatros.—Un bofetón en pleno Boulevard.—Duelo de un crítico y un autor.—El teatro Italiano.—Un nuevo drama de Octavio Feuillet.—Su intérprete.—Dumas y su último manifiesto.—Un pobre rico.—Una frase del ciego del Puente de las Artes.

Nos hallamos en pleno Otoño.

La estación de la tristeza, que en el campo y en las provincias es la época mas melancólica del año, tiene para los habitantes de París los mayores atractivos.

Los que han pasado el verano en los baños de Alemania, los que han estado ausentes de esta corte durante cuatro meses, vuelven al seno de sus familias, y al círculo de sus amigos, traen impresiones que referir, anécdotas que contar, y con su presencia alegran á las primeras, mientras que con sus interesantes conversaciones entretienen á los segundos.

Las agradables emociones que se experimentan alejan la tristeza que producen las hojas de los árboles al desprenderse, los cortos días, los eternos crepúsculos, las nubecillas que oscureciendo el cielo anuncian las copiosas lluvias de la estación cercana.

Hasta el tiempo parece querer tomar parte en la alegría general y desde hace ocho días estamos disfrutando de un sol purísimo, de una atmósfera despejada y serena.

Con este motivo los parisienses que saben aprovechar los buenos días, han acudido á las carreras de caballos, han llenado las espaciosas calles del Bosque de Boulogne y excitados por su característica curiosidad, se han apresurado á visitar el Tiro nacional de Vincennes, recientemente inaugurado.

Las últimas corridas de caballos han estado brillantísimas, porque habiéndolas favorecido un tiempo delicioso, estuvieron adornadas, (permítaseme la palabra) con las mujeres mas bellas de París, que guiando sus tilburys y sus victorias, parecían al cruzar ante los ojos de los amateurs del sport sífides, ó cuando menos lo que érais, mujeres hermosísimas y elegantes.

En una lijera victoria ví á una de nuestras mas distinguidas compatriotas, á la esposa del Príncipe Pio, que al lado de su esposo con su belleza meridional parecia entre aquellas mujeres rubias un rayo de sol entre los rayos de plateadas estrellas.

El Bosque de Boulogne parece un palacio encantado. Sus grandes árboles todavía verdes, formando largas y variadas calles, su trasparente lago aprisionando á la isla, donde los que la visitan encuentran preciosos kioscos rodeados de hortensias, y una

las cuatro paredes tiene otros tantos espejos de cuerpo entero alumbrados por bujías, en los cuales puede verse de piés á cabeza con toda comodidad, y en toda clase de posiciones.

Ya está vestida con su traje blanco de larga falda, su cruz de diamante al pecho, sus brazos y senos escotados, su pelo echado hácia atrás y su flor ó su adorno en la cabeza. ¿Qué la falta, pues? Lo esencial; lo pura é indispensablemente esencial, la mano de tocador. La dama toma una esponjita; la moja en leche é cosa parecida, se la pasa por todo el rostro, cuello, y manos; se dá con unos polvos blancos; vuelve á mojar la esponja, á hacer la misma operacion y á embadurnarse con los polvos: toma un poco de carmin, se lo pasa lijeramente por los lábios; se pasa otra esponja seca por lo anteriormente mojado... y *tableau*: la dama restaurada por completo; es decir, que sus cuarenta años han tenido una baja de diez por lo menos; las lijeras huellas del tiempo que surcaban su rostro han desaparecido; sus ojos brillan mas animados sobre un cutis blanco, pálido y terso; sus lábios han adquirido la suave frescura de una rosa de Jericó; sus manos, eminentemente aristocráticas han perdido el tinte moreno de su primitiva epidermis; la dama, en fin, que hacia tres horas podia juzgarse pisando los umbrales de una primitiva vejez, puede decir con orgullo, que como las flores que ostenta en su seno, en su frente ó en su mano, va á vivir una sola noche; pero una sola noche embriagada, perseguida, admirada, dejando huellas en mas de un corazon que el sol de la mañana debe borrar por completo. ¡Triste y desventurada realidad!

En fin, esto es un maremagnum diabólico, inconcebible, donde se necesita la fé de un Job para vivir tranquilo ó por lo menos bien engañado, que es lo que con harta frecuencia nos sucede á todos.

Creo escusado hablaros de la exposicion de pinturas: ¿para qué? Nada sacareis en limpio con que os diga que hay un cuadro de los comuneros en el acto de subir al patíbulo Padilla, Bravo y Albarado, que es la admiracion de cuantos le ven: que hay una Safo en el momento de arrojarle desde el Léucade á la mar, que parece una jítana en el acto de decir la buenaventura á un soldado: que hay una Coronacion de Quintana que parece un cuerpo de guardia adornado para recibir al director de infantería y un Fernando el Emplazado, al ser citado por los Carvajales al tribunal de Dios, por haber terminado el día del emplazamiento, que es magnífico de todas veras; y en fin, que hay tanto bueno y tanto malo, que bien merece la pena de irse á ver porque proporciona ratos muy distraídos.

Y aquí, que por tal de no hacer nada, se dejarían empalar, no ven la hora de que den las doce para penetrar en el salon, que hasta las cuatro de la tarde parece un rio salido de su cauce.

Y no teniendo mas que contaros, me despido de vosotras hasta el siguiente mes, que espero será mas fecundo que este en acontecimientos.

S. DE MOBELLAN.

NOVIEMBRE.

Ayuntamiento de Madrid

cabaña que bajo sus rústicas paredes oculta suntuosos comedores que atrae á los viajeros como las sirenas en el mar con una dulce música; su cascada, y por último su nuevo jardín zoológico, son otros tantos atractivos para las innumerables personas que viven en París para vivir gozando, y en los días serenos, lujosos carruajes, elegantes jinetes seguidos de sus *grooms*, damas obedientes á los últimos preceptos de la moda, ostentando riquísimos trajes, todo este conjunto dá tanta vida y animación, tantas bellezas al Bosque de Boulogne, que lo repito, á los ojos del que asiste por la primera vez al espectáculo que ofrece, cree tener ante su vista un palacio encantado.

En cuanto al Tiro nacional de Vincennes, que inaugurado hace muy pocos días se encuentra en todo su apogeo, el efecto que causa es distinto, el interés que inspira es curiosidad.

Os diré algo de esta nueva escuela de armas.

Está situada en la llanura de Vincennes á la izquierda del palacio; la entrada está decorada con mástiles venecianos en los que ondean banderas tricolores. Hay cincuenta y siete blancos y una multitud de premios para los tiradores.

Con este motivo ha dicho Figaro, y con mucha razón, que el nuevo tiro, ofreciendo un premio de honor de diez mil francos y accesits de quinientos á dos mil, vá á ser el primero de los concursos nacionales de París. En lo sucesivo, añade, el que dirija una bala con acierto obtendrá un premio mayor que el que escribe una historia, un libro interesante para las Academias. Un buen tirador puede ganar en un segundo diez mil francos! Esto es ser mas que Leotard, á quien la Inglaterra solo ofrece cincuenta francos por minutos; es ser mas que la Alboni, á la que cada vez que canta le dan ocho mil reales.

Si esto continúa, en lo sucesivo se cerrarán los colegios, y los maestros de armas ocuparán los puestos de los profesores de latin y de historia.

El emperador ha regalado al Tiro una escopeta preciosísima. Vale once mil francos, y constituirá uno de los premios ofrecidos.

En los primeros días del mes actual, ocurrió una desgracia en el Hipodromo. La familia Niemelzeck representada por tres generaciones, padre, hijo, nieto, hacia ejercicios sobre una cuerda tirante á una altura considerable del suelo. De pronto se rompe la cuerda y los tres infelices acróbatas caen en medio de los gritos de espanto de los concurrentes. El hijo murió en el acto, el padre momentos después; el nieto fué trasladado al hospital en donde han podido salvarle de la muerte.

Este suceso llenó de consternación al público. Las pobres víctimas arriesgaban su vida todas las noches por ganar veinte francos cada uno! Esto es doloroso.

Se ha dado una función á beneficio de las viudas de los Niemelzeck, y el empresario del Hipodromo ha tomado á su cargo el cuidado de proporcionar los medios de vivir al único de los tres que ha sobrevivido á la catástrofe. La autoridad por su parte ha dispuesto que en lo sucesivo cuando se ejecuten en los circos ó hipodromos ejercicios á cierta al-

tura, se extienda por debajo una fuerte red á fin de que si alguno de los acróbatas cae, pueda ser detenido en ella y no sufrir mas que una leve contusión. Esta medida me parece muy acertada, y me atrevo á recomendarla á las autoridades españolas.

Leotard, el célebre Leotard, á quien ya conocen mis apreciables lectoras, después de algunos días de descanso, ha vuelto á presentarse; y sus apasionados en vez de disminuir se aumentan.

¿Sabeis cuántos retratos suyos se han vendido en dos meses á un franco cada uno? Pues se han vendido veinte mil.

Algunos capitalistas que han tenido noticia de tan extraordinaria venta, han ofrecido á Leotard diez y doce mil francos por la propiedad de su cara; es decir, por el derecho exclusivo de vender sus retratos en todos los países en donde se presente.

El negocio me parece magnífico.

Los franceses son muy aficionados á la caza, y en todo el mes de Octubre han aprovechado los buenos días.

Las desgracias ocasionadas por los descuidos de los cazadores han sido numerosas.

Teniendo miedo de ver á su marido en el número de las víctimas, una mujer de mucho ingenio que hay en París, le suplicó que renunciase á su propósito de ir á cazar.

Su esposo, gran *amateur*, no la hizo caso; y el día designado se dispuso á salir de su casa, escopeta al hombro y con todos los pertrechos.

Al traspasar la puerta del gabinete de su esposa le detuvo un caballero á quien no conocía.

—A quién busca V? le preguntó.

—A V. precisamente, respondió el interpelado.

—En qué puedo servirle?

—Yo soy quien viene á servir á V. Soy escribano; sé que va V. á salir á cazar, y como los accidentes funestos son muy comunes y pudiera sobrevenir alguno, me he apresurado á ponerme á sus órdenes para que V. haga su testamento antes de marchar.

El cazador palideció; miró á su mujer, y al verla sonreír comprendió el motivo de aquella inesperada visita, despidió al escribano, arrojó la escopeta y dijo á su mujer:

—Te agradezco tanto, querida mia, el cariñoso aviso que me has dado, que te juro no volver á cazar en mi vida.

Esto prueba que una mujer con talento puede conseguir todo cuanto desee.

Al principio os he dicho que todos los días regresan las familias que han pasado el verano viajando: esto equivale á decir que los salones han comenzado á tomar la animación que tan deliciosos los hacen en las noches de invierno.

Con efecto, ya han comenzado las recepciones, y los asíduos concurrentes han apuntado ya en sus libros de memorias el empleo que han de hacer de las noches de la semana.

La única novedad digna de referirse hasta ahora, es la aparición de una joven en los salones aristocráticos del barrio de San German, la aparición

de una joven á quien se ha dado el nombre de la *Flor del campo*.

Os diré por qué.

Hace algunos años que se encontró en las montañas de la Drôme á una joven que vivía sola, alimentándose con frutas y legumbres y en un estado verdaderamente salvaje. No habia conocido nunca otro asilo que los bosques, ni otra compañía que la de las fieras. No pudo averiguarse cómo se hallaba allí; pero la condujeron á Marsella y la pusieron en el hospital de la ciudad.

Una aristocrática señora que pasó por Marsella algun tiempo despues, oyó hablar de la joven y de la extraña situacion en que la habian hallado. Quiso verla; su rostro bondadoso la interesó, no tenia hijos, y condolidada de su suerte la adoptó, imponiéndose la mision de civilizarla.

Se la trajo á París, la hizo aprender á leer, á escribir, la dió maestros de dibujo, de música, la enseñó las labores de su sexo; en una palabra, la proporcionó una educacion esmeradísima.

A medida que pasaba el tiempo, la niña aumentaba su cariño á su protectora, y esta veia por momentos desarrollarse las facultades intelectuales de la joven.

Hoy tiene diez y ocho años y es una señorita sumamente apreciable. Su conversacion interesa; toca el piano y canta como una consumada artista. Sus facciones bellas y sus maneras distinguidas la hacen adorable, y aumenta sus atractivos una expresion indefinible que tiene su rostro.

Su protectora, su madre adoptiva, la condesa B... la ha presentado este año en el gran mundo; y al circular su historia todos han dado en llamarla la *Flor del campo*.

Hablar con ella, llamarse su amigo, ocupar su imaginacion, es el mayor triunfo que esperan conseguir los *liones* parisienses.

Los teatros están tambien muy animados.

En la sala de descanso de la Gran Ópera se contaba hace dias un duelo que ha tenido lugar entre un crítico y un autor dramático.

Teodoro Barriere fué á buscar á Monselet al café de Variedades.

—Puede V. oír dos palabras? le dijo.

—Con mucho gusto, contestó; y los dos comenzaron á pasear.

—En lo sucesivo espero, dijo el primero, que no volverá V. á ocuparse de mis obras.

—Y por qué no?

—Porque no quiero yo, y porque si V. desoye mi ruego, me verá obligado á probarle á V. que sé hacerme respetar.

—Pues yo probaré á V. antes que no me deo imponer leyes; y acto continuo le sacudió un bofetón.

Como era natural, cambiaron sus tarjetas, y al dia siguiente fueron con sus padrinos al valle de Macon.

Eligieron la espada y Barriere hirió levemente á Monselet. Terminado el lance los adversarios se dieron la mano; pero este suceso ha suscitado una gran lucha entre actores y críticos.

—¿Pues qué, dicen los últimos; se nos querrá quitar el derecho de juzgar las obras literarias?

¡Lástima es que hombres de talento no encuentren mas recursos que las armas para arreglar sus diferencias!

El teatro Italiano ha puesto en escena el *Barbero*, la *Cenerentola*, el *Trovador* y *Hernani*. La Alboni, la Penco y el tenor Pancani son hasta ahora los favoritos del público.

Mario no cantará hasta el mes de Noviembre. Se están ensayando las dos últimas óperas que ha compuesto Verdi.

El gran acontecimiento dramático del mes ha sido una nueva obra de Octavio Feuillet, del célebre autor de *Dálila*. Su último drama se titula *Redencion*, y ha obtenido un éxito brillantísimo.

Situaciones, caracteres, todo es grandioso en esta obra.

Espero que no tardareis mucho en verla traducida.

La actriz que ha interpretado el principal papel, es una verdadera é inspirada artista.

Si alguna vez os hallais en París y sabeis que Mlle. Fargueil se presenta en algun drama, id á verla. Es la Ristori del drama.

Dumas, ha publicado en Nápoles un manifiesto, declarando que los napolitanos están por civilizar y que él se propone civilizarlos.

Para llevar á cabo su propósito pide medio millon de francos.

¡Que Dumas!

Estos últimos dias ha sido preso un pobre, que desde hace cuatro años imploraba la caridad á la puerta de una iglesia. ¿Y sabeis por qué? porque se ha averiguado que habia comprado una gran casa y que tenia en la suya mas de treinta mil francos.

Este suceso ha dado mucho que hacer, porque el pobre rico era muy estimado.

¡Que siempre ha de haber Sopistas Mendrugos!

Ya que os he hablado de un pobre, os voy á hablar de otro; un ciego que está todos los dias en el puente de las artes tocando un armonium, y que vive de las limosnas que le dan.

Un chusco que pasó á su lado le preguntó.

—Eh! buen hombre... ¿sabeis lo que es la luz?

—Señor, le respondió, la luz es lo que sirve para alejarse de un imbécil apenas se les vé llegar.

JULIO.

A CADIZ.

SERENATA.

Sentada en la alta peña, que besa el mar sonora,
O azota rebramante si ruge el Aquilon,
Mirad la hermosa Cádiz, que con diadema de oro
Corona ardiente, espléndido, el moribundo sol.
Sus altas torres rasgan el manto azul del cielo,
Las palmas le dan sombra con verde pabellon,
Las brisas del Atlante con perezoso vuelo
En torno de ella agitan sus alas sin color.

Busca el marino la roja estrella
Que de su frente vivaz destella.
España libre de ella surgió.
Cuando su diestra blandió el acero,
El astro fúlgido del gran guerrero
En el espacio palideció.

Por eso de los reyes
De la poesía
En tu alabanza, oh patria!
Vibró la lira.
Recuerdos vanos!
Memoria de unos días
Que ya pasaron!

Mas no pasa tu gloria: la historia en sus anales
Del tenebroso olvido tus hechos guardará:
Tu mar, tu claro cielo, tus hijas celestiales
Siempre tambien la lira del vate ensalzará.
Y en vano, en vano el tiempo veloz irá pasando,
Y acaso en tus ruinas su huella estampará,
Que con sereno impulso la eternidad salvando
De un siglo en otro siglo tu nombre volará.

Dicen que un día la mar airada,
Por misteriosa fuerza impulsada,
Negra, espumosa oirás rugir,
Y sus eternas vallas rompiendo,
Sobre tus muros con ronco estruendo
Vendrá sus olas á confundir.....

Qué importa?... cuando asome
Sobre las olas
Su alta frente la peña
Donde hoy reposas,
El navegante
Dirá con noble orgullo:
"Allí fué Cádiz!"

Oh perla de los mares! amada patria mia!
Envuelta en mis suspiros el alma vuela á tí!
Cuando la noche crece, cuando despierta el día,
Tu imagen, tu memoria alienta y vive en mí!
Tu imagen donde mira mi acalorada mente
Los plácidos recuerdos de mi niñez gentil,
Las adoradas prendas de mi cariño ardiente,
Mis sueños de lejano, glorioso porvenir!

A tí mis ojos vuelvo llorando,
Con honda pena mi hogar buscando;
Como el marino busca tu luz!
Y ausente y triste, tan solo anhelo
Mirar tus torres, tu claro cielo,
Tus bellas hijas, tu mar azul!

Y cuando eterno sueño
Duerma en la tumba
Que lo arrullen las olas
Que á tí te arrullan.
¡Pueda así el alma
Al seno de otra vida
Volar en calma!

ARÍSTIDES PONGILIONI.

DOS DE NOVIEMBRE.

Triste ilusion! huyamos diligentes
De este sitio en que el alma se enajena,
Brotan mis ojos lágrimas ardientes
Del corazon, que inunda amarga pena.
Mas antes, ay! los votos mas fervientes
Dirijamos al cielo, porque ajena
De culpa el alma parte presurosa,
A gozar la mansion mas venturosa.

A.

El Cementerio.

No satisfecha la religion católica con rogar por cada uno de los difuntos, ha querido honrar las cosas de la otra vida por medio de una ceremonia general, dedicando sus recuerdos á los innumerables habitantes de los sepulcros: vasta comunidad donde el grande está confundido con el pequeño; república de perfecta igualdad donde nadie penetra sin quitarse el casco ó la corona para pasar por su estrecha puerta. Día solemne en que el alma mezcla sus penas y tribulaciones con las de sus amigos perdidos; en esta reunion el sentimiento toma un vuelo verdaderamente sublime. Solamente la religion cristiana es capaz de ensanchar el corazon del hombre y contener los suspiros de nuestras almas oprimidas!

El día de Todos los Santos, en el profundo silencio de la noche, cuando las familias están recojidas en sus casas, se oye bajar de lo alto de las torres de las iglesias aquel clamoreo fúnebre de las campanas, pareciéndose ese sonido á la voz de los difuntos que avisan á sus amigos los vivientes que ha llegado la hora de rogar por ellos. Aquella voz de hierro, como la llama Shakespeare, retumba en el corazon de todos, ocasionando graves sentimientos hasta en aquellos mismos que no van mas que en pos de los placeres y mundanos deleites; pues la solemnidad de los muertos es diferente de todas las demás. Hay muchos que no quieren Navidad ni Pascua, porque no creen en el nacimiento ni en la resurreccion de Jesus, mas tienen que creer en la muerte de su padre, madre, hermanos ó amigos, y entonces el fúnebre sonido de la campana les habla en secreto, y tienen que confesar que realmente el catolicismo tiene ceremonias que tocan en el fondo de nuestras almas.

El día de la conmemoracion de los Santos, la Iglesia no habla mas que de la felicidad de los elegidos del Señor, de sus glorias y delicias sin fin, para que al día siguiente roguemos con mas fervor al Dios de los muertos y de los vivos, con el objeto de que les conceda el descanso y la felicidad eterna, que el Sagrado Orador ha sabido tan bien pintar y describir.

Figurémonos por un momento un día de difuntos sin el reflejo del cielo y de la fé. ¡Gran Dios, qué lúgubre y espantoso! Cenotafios, destruccion, podredumbre, he aquí lo único que se presenta á nuestros ojos: el incienso de la solemnidad no sería mas que la hediondez del sepulcro; las luces, fúnebres antorchas; sus himnos, sollozos y suspiros... Mas Dios, que ha creado el corazon del hombre,

conoce sus debilidades y flaquezas, y cuando nos manda rogar al pié de las tumbas, hace venir sobre aquella lúgubre mansion un rayo de luz, enviándonos al mismo tiempo del cielo dos hijas encantadoras, la Fé y la Esperanza, dirigiéndonos palabras tan dulces y consoladoras, que hacen revivir la calma y la tranquilidad en nuestros dilacerados corazones. En medio del llanto, vemos los ángeles bellos llevarse sobre sus ligeras alas las almas libertadas de nuestros hermanos y amigos. *No lite timere* nos dice la Iglesia: no temais, esa tumba que os espanta, llena de gusanos y podredumbre, es la cuna de la inmortalidad. Tened fé en Jesucristo, pues él es la resurreccion y la vida.

Admirable y mil veces portentosa religion tan consoladora, ¡bendita y loada seas por toda la redondez de la tierra! Tú eres la sola que puedes levantar la voz sobre los mármoles de los sepulcros, y decir con el Apostol San Pablo: *ubi est mors victoria tua? ubi est estimulus tuus?* Tú eres la que prolongas y estrechas mas el nudo de nuestras afecciones y amistades, que el tiempo y las enfermedades han querido interrumpir; la amistad del protestante y del ateo, nada vale para un amigo muerto; la amistad del católico vá mas allá de las márgenes del sepulcro. Apenas el mendigo que se lamenta á nuestras puertas, objeto de nuestra indiferencia y menosprecio, deje de existir, ¡oh sublimidad! la religion nos obliga á inclinarnos ante él; pues en el mismo instante en que el pobre del evangelio exhala su postrero aliento, la religion de Jesucristo lo considera un ser sagrado, recordándonos la severa igualdad, ó mas bien, mandándonos respetar aquel justo rescatado por la sagrada víctima del Gólgota, que de una oscura condicion acaba de subir á un trono celestial.

Todo lo nivela nuestra religion: sobre la cruz de mármol colocada en un magnífico mausoleo, como sobre la cruz de negra madera que guarda la huesa de césped del infeliz habitante de la choza, la religion dirige las mismas palabras de consuelo. *Audite; oíd: Beati mortui qui in Domino moriuntur.* Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor.

F. MORALES RUFFONI.

BIBLIOGRAFÍA.

Estudios sobre la evocacion de los espíritus, las revelaciones del otro mundo, las mesas giratorias, los tripodes y los palanganeros. Por D. Vicente Rubio y Diaz (1).

ARTÍCULO PRIMERO.

Cumpliendo lo ofrecido en nuestro anterior número, vamos á ocuparnos de esta notable obra, si bien no con toda la extension que ella merece y

(1) Esta obra se halla de venta en la librería de La Revista Médica y en la Española, calle de Guanteros número 36.

que nosotros deseáramos, porque eso ni lo conllevaria la índole de este periódico, ni fuera tampoco igual á nuestras escasas fuerzas.

Consagra el Sr. Rubio la primera seccion de su libro al resumen y refutacion de las principales teorías en que se funda la secta espiritualista. En primer término nos hallamos con un Mr. Goupy, el cual, con esa pasmosa seguridad que acompaña frecuentísimamente á la ignorancia, nos dice: "He inserto la teoría de J. A. Duran sobre la creacion; porque la creacion siendo en sí misma una hipótesis en contradiccion con las ciencias, los sabios no la admiten mas que *por complacer á la Iglesia.*"

Ya pareció aquello.

Esto de los sabios que por complacer á la iglesia admiten en las ciencias lo que está en contradiccion con ellas vale un Potosí. Como se atrevese un buen empeño todavía creemos que los matemáticos han de estampar en sus libros que tres y dos son veinticinco.

Es el mas estupendo dislate que hemos visto impreso.

Pero la verdad es, y sépalo Mr. Goupy si lo ignora ó confíeselo si lo sabe, que no hay semejante contradiccion. La verdad es que si los pseudo-sabios del último siglo movieron aquella alharaca para pretender desmentir las narraciones de Moisés en lo concerniente á la antigüedad del mundo, si nos trageron á cuento lo que malamente vieron en algunos hechos geológicos, si creyeron haber hallado el argumento sin réplica, el golpe de gracia dado al Génesis, en el célebre Zodiaco de Denderah, la verdadera ciencia, la ciencia sin preocupaciones, la ciencia, en suma, que sabe ver y sabe juzgar, ha demostrado que tales hechos, concienzudamente estudiados, no solo no rebaten, sino que corroboran las aseveraciones del sagrado libro, resultando que el tal Zodiaco egipcio no es ni mas ni menos que la carabina de Ambrosio.

Tome esta allá Mr. Goupy, y convengamos en que si su explicacion cosmológica de las mesas parlantes y de los espíritus parte siempre de principios tan erróneos ha quedado lucido con su engendro.

Ello, por otra parte, nada tiene de extraño. Secretario de Voltaire, discute á la manera que él lo hacia; es decir, no sabiendo una palabra de la mayor parte de los asuntos sobre que escribió. Esto se hubiera creído una blasfemia filosófica hace algunos años. Hoy es ya una verdad corriente.

Entre estas teorías cosmológicas se presenta en primer término la de Mackintosh, fundada en las atracciones y repulsiones eléctricas. De ella dá buena cuenta el Sr. Rubio, persona muy competente en la materia, demostrando hasta la saciedad que semejante agente físico ni ha hecho ni puede hacer nunca el oficio de mago, de hechicero ni de pitonisa.

Es en efecto el colmo del absurdo el querer sustituir á la accion de las fuerzas centrífuga y centrípeta esas expansiones y concreciones de la materia producidas por la electricidad. Los astros entonces solo tendrían un movimiento de vaiven,

gro de lunares. Una pluma negra se enrolla á la izquierda del ala. En el interior, carrilleras de blonda blanca, y por delante, bandó mitad de plumas negras y mitad de terciopelo grosella.

Bavolet de terciopelo grosella. Cabos blancos. Otro.

Ala y bavolet de terciopelo malva. Fondo de tul-blonda blanco á lunares. Encima del ala, cerca de la forma, una guirnalda de florecitas de terciopelo malva con cálices de oro.

En el interior, carrilleras de blonda, y bandó de flores iguales á las interiores.

El paletó está definitivamente adoptado: También, habrá largas capas plegadas por arriba, de terciopelo, ricamente adornadas con encaje ó guipure; pero esto exige un gran tren, y todas las mujeres no lo poseen.

MME. JULIETTE LORMEAU.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE SEÑORAS.

PRIMER FIGURIN.

Pardessus Semiramis, de satén negro con solapa á buches sobre el pecho. Mangas anchas adornadas de buches y encajes. Vestido de gros verde con cinco volantes. Sombrero de terciopelo negro y adornos de encaje.

SEGUNDO FIGURIN.

Pardessus Elegancia de terciopelo negro, con esclavina cuadrada de lo mismo, adornada de encaje y pasamanería. Vestido de gros rayado con once volantes rodeados de terciopelo negro y ramos de flores.

TERCER FIGURIN.

Pardessus Suzanne con esclavina de terciopelo de lana gris. Vestido de moaré azul. Sombrero blanco cubierto de tul salpicado y flores.

CUARTO FIGURIN.

Manteau Rolenda de terciopelo negro: en cada hombro un rico racimo bordado de relieve. Cuello de guipure. Mangas anchas. Vestido de popelina pensamiento. Sombrero de crespon verde y encaje negro: en el interior blondas y bandeau de margaritas blancas.

QUINTO FIGURIN.

Pardessus Garibaldino de paño inglés gris con pequeño cuello cuadrado adornado con presillas rodeadas de pliegues muy chicos y botones: mangas anchas vueltas. Vestido de gros chiné fondo marron. Sombrero de terciopelo real azul oscuro con un velo negro sobre la copa.

SESTO FIGURIN.

Manteau Diavoline de terciopelo enteramente plegado y adornado de rica pasamanería y termina por grandes borlas. Vestido de moaré francés rayado. Sombrero de crespon blanco cubierto de

blonda blanca bordada y plumas: en el interior *bandeau* de flores.

Pueden hacerse todos estos modelos cambiando el terciopelo por seda, paño &c. y serán menos ricas pero no menos elegantes.

SUMARIO.—GALERÍA DE MUJERES CÉLEBRES, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco.—UN VIAJE REDONDO, por D. Baldomero Menéndez, *conclusion*.—DÍA DE DIFUNTOS, por D. Luis del Barco.—PUNTO EN BOCA, por D. Maximino Carrillo de Albornoz.—EL PUFF, por D. Maximino Carrillo de Albornoz.—INDEPENDENCIA DEL LITERATO, por D. Juan Miguel de Arrambide.—LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—REVISTA DE MADRID, por D. Sebastian de Mobellan.—SALONES DE PARÍS, por Julio.—A CADIZ, por D. Arístides Pongilioni.—DOS DE NOVIEMBRE, por D. F. Morales Ruffoni.—BIBLIOGRAFÍA, por D. Francisco Flores Arenas.—MODAS DE PARÍS, por Mme. Juliette Lormeau.—EXPLICACION DEL FIGURIN DE SEÑORAS.—GEROGLÍFICO.

LAMINAS.—Figurin doble de trajes para Señora.—Hoja de *crochet*.—Hoja doble de patrones para bordados.

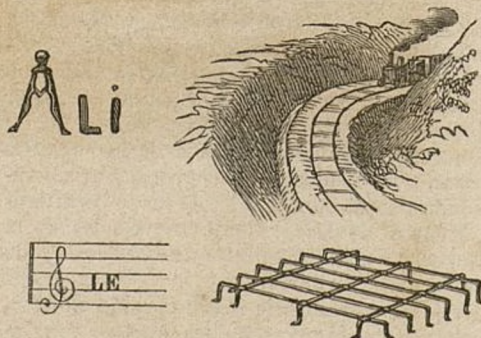
SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Las mentiras y los errores andan sobre el mundo como la peste.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.





Imp. Mariton.
285.

Semiramis.

Elegancia.

Suzanne.

Rolenda.

Garibaldi.

Diabolina.



LA MODA
Ayuntamiento de Madrid
Cadiz



Este per
mingos. En
reparten cu

SUMAR
cisco F
DALENA
COVAD
GEROG

*Estudios
revela
rias, e*

Llegan
mo si dij
paña á la
las estup
mos de c
de serlo,
tunos de

Las e
lugar so
ante tod
aunque
hablar n
do fué q
dos el no
ámbas p
tando el
se quier
golpe se

Por e
primer e
mismo
do. Preg
tivamente
das en e
ba misa

Acaso
má pasa
donde s
al salon
píritu t
que ant
bres no